This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

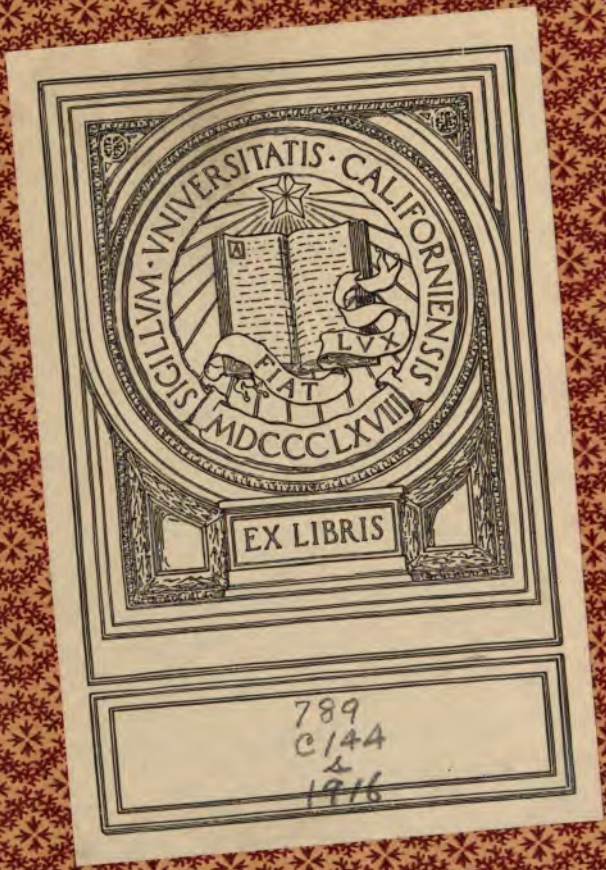
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

789
C144
S
1916

UC-NRLF
$B 65 823

YC 55743



789
C144
c.
1916

S. I.

S. I.

UNIV. OF CALIFORNIA

NOVELA CUBANA HISTORICA

POR

FRANCISCO CALCAGNO

HABANA

IMPRENTA DE "LA DISCUSION"

Plazoleta de "La Discusión".

1916.

¿quién

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 12/04/90

La primera edición de esta novela se publicó en la Habana, 1895. en folletines del periódico "Ilustración de Cuba", del Sr. D. Carlos de Pedroso.

UNIV. OF CALIFORNIA

S. V.

I

PODEROSO CABALLERO

Trasládese el lector 293 años atrás, esto es, al 1602, y sitúese a 1196 kilómetros de esta ciudad de la Habana, esto es, en las cercanías de Bayamo, y ya tenemos lo principal, es decir, lugar y fecha de esta historia. Sólo nos faltan los sucesos.

Situado en tal punto y en tal época, oiría repetir con esa no íntima veneracion que tributa el vulgo a la opulencia, el preclaro nombre de don Jacinto Figueroa, que era uno de los que más sonaban por aquellas exterioridades, así como dentro de la ciudad oiría el nombre de la viuda de Milanés, que era una de las que más nombraban por aquellas interioridades.

La viuda era arrendataria y deudora de don Jacinto, y don Jacinto era el primer terrateniente y feudohabiente de la comarca.

Para la viuda Milanés, que no era rica ni mucho menos, el señor Figueroa era un sér totalmente indiferente; para el señor Figueroa, que no era pobre, la viuda era una persona distinguidamente alejable, con lo cual queremos decir que él quisiera verla lejos, muy lejos.

¿La razón?... la razón no era aquella deuda para ella de importancia, para él insignificante; la razón era que ella tenía un hijo que era único, y él tenía una hija que era única; y es el caso que Jácome, hijo pobre de la pobre viuda, estaba perdidamente enamorado de Jacinta, la opulenta hija del opulento don Jacinto, y este don Jacinto destinaba a su unigénita para un rico fijodalgo de Castilla que se llamaba don Cristóbal Perdomo de Cuéllar y Aristizábal Villaviciosa de Castro y Espinosa de los Monteros.

Ante la férrea, mejor dicho, áurea voluntad del prepotente don Jacinto, y los dineros del poderoso caballero don Cristóbal ¿quién

930834

resistiría? Hidalgo, eso era indudable, hidalgo y de los más hidalgos era Jácome; de distinguida ascendencia, sus abuelos asistieron a la conquista, y de noble descendencia, como que según cierto no muy loable prólogo que por ahí hemos leído, de él descendió el poeta matancero José Jacinto, que todos en Cuba conocemos. Desgraciadamente Jácome no tenía más que su noble cuna, cosa que en aquellos tiempos de jerarquías y otras majaderías significaba algo más que en estos de igualdad y democracia; pero que siempre, entonces y ahora, necesitó estar sostenido con pilares de metálico sonante. Aristócrata sin dinero, es pintura sin cuadro, árbol sin fruto, es rico manjar servido en plato de hojalata.

Que desde los días del gran Quevedo y mucho antes de esos tiempos se considera "poderoso caballero a don Dinero", es justamente una de las cosas que pensamos demostrar en este libro; pero antes vamos a presentar a nuestros principales actores, y ya tendremos eso adelantado.

He aquí a don Jacinto Figueroa. Alto, grueso, carirredondo y orondo, patilludo y cogotudo, cejas espesas, frente confusa, voz gorda, poco insinuante, con más vanidad que un finchado portugués, pretendiendo descender de aquel famoso Vasco Porcayo de Figueroa, que en la época de la conquista hizo muchas cosas que pudo omitir. Poseía terrenos conquistados por sus abuelos, fundadores que fueron de Bayamo y copartícipes en las primitivas encomiendas. Era el prepotente, (no tardaremos en explicar lo que significa esa palabra), ignorante como un dómine y supersticioso a la altura de su época; se persignaba al comer, al dormir, al salir a la calle, al cerrar un negocio, como era de uso y costumbre cuando la inquisición rabiaba en la metrópoli. Una vez don Cristóbal a quien llamaba su futuro yerno se propuso con otros locos averiguar lo que era la luz de Yara, espanto de la comarca, yendo de noche a afrontar el fenómeno allí donde aparece; pero don Jacinto, crédulo y timorato, tembló de pavor y disuadió a los locos. Quién se mete en negocios del otro mundo? ¿quién toca a cosas de muertos? Don Jacinto tiene casa en la ciudad, aunque en estos momentos veranea en una de sus fincas rurales. Numerosos ganados pueblan sus haciendas de tres leguas provinciales de extensión, y profusos esclavos, indios y africanos, siembran para él azúcar y tabaco.

Aquí tenéis a Jácome. Buen carácter, inteligente; don Félix Valdivieso, acaba de nombrarlo administrador de sus bienes; delgado, pálido, como si le hubieran hecho mal de ojos, según expresion de la época; nervioso, trigueño, cortés con los humildes, altivo con los soberbios; ansiando dinero no por codicia, sino por subir al tronco Jacinto y llegar a la rama Jacinta: alma grande que aguardaba impaciente la ocasion de patentizarse; atormentado por aquel amor sin esperanzas y más aun por aquella deuda que su madre no podía pagar: con instrucción corta, muy corta, Bayamo no daba más, pero

no necesitaba para cartas de amor, acudir como otros, al factotum don Pedancio apodado Dominus Vobiscum. Además valiente, discreto, diligente.... veinticuatro años.

Retrato de la viuda. Honrada, bondadosa, no mal parecida y todavía casable, resignada en su medianía; satisfecha desde que Jácome es administrador del poderoso don Félix de Valdivieso; modesta, económica, dando a su hijo más consejos saludables que dineros, y diciéndole con evangélica mansedumbre:—Hoy tienes un empleo que te hará rico, aunque tarde: abandona ese amor: esa mujer no es para tí; es rica y orgullosa. ¡Cuán diferente es tu prima Hortensia Agramonte! esa sí te haría feliz; es pobre, pero en posición más desahogada que tú...—La viuda tiene cuarenta y cinco años.

Miniatura de Jacinta. Un cielo azul, un nido de amores, un iris de bonanza, un.... no sé qué.

Fotografía del negrito Apolo. Su cabeza era negra como las plumas del totí, su pelo crespo, su cara siempre alegre, su nombre Apolinario, de donde, por abreviatura Apolo. Esclavo único de Jácome y su más honroso lauro, pues lo compró por librarlo de mal trato en época en que no había ley contra sevicia; de donde muy natural que adorara a su amo ¡ya lo creo! no se usaba tratar siervos como Jácome al único suyo. Y fué lo más singular que firmada la escritura, el vendedor se negó a recibir el precio, porque debía favores, dijo, al padre del comprador. Nada extraño, pues que Jácome, mirando al negrito, más de una vez se preguntara, ¿por qué me lo regalaron?

Presentemos a don Cristóbal. Un hombrón que no cabía por esa puerta: dicen que una vez agarró por las astas un toro que vino a embestirle y le hizo dar media vuelta; ancho de espaldas y alto de talla, boca sensual y ojos negros, rostro tostado y un tanto adusto, seco en modales pero grande de corazón; era preciso tratarlo íntimamente para amarlo; en exterior de mastodonte un alma de bonazo; a primera vista, parecía uno de esos indiferentes que no ríen cuando ríen, ni lloran cuando lloran, pero jamás rostro alguno estuvo tan en contradicción con el carácter: "Que la fisonomía es espejo del alma". ¿Quién dijo tal? ¿Quéréis una prueba de su bondad? pues, héla aquí: Sabía que Milanés lo odiaba, y sin embargo estaba animado de la más cordial simpatía en favor del hijo de la Viuda; parecía agradecerle que estuviera enamorado de Jacinta, su futura. ¿Sería porque así se avaloraba el mérito de la joya? No lo creemos. Don Cristóbal la privaba de guasón y el maestro de escuela Dominus Vobiscum, lo odiaba por eso. Veintiseis años; rico no tanto como Figueroa, pero más dadivoso. Dos fincas, esclavos, influencia. Tal era el presunto yerno de don Jacinto... ¡Pobre Jácome!

La bella Jacinta se inclinaba al pobre, pero no se atrevía a desacatar ostensiblemente al rico por temor al genio irascible y violento de su padre. De noche, antes de dormirse, en la obscuridad de su

cuarto y el misterio del retiro, rezaba fervorosamente a San Salvador, patrono de Bayamo, para que se sirviera conceder al pobre Jácome Milanés, aquellos miserables dineros cuya carencia era su tormento y obstáculo a sus deseos. ¿Ni como pudiera amar a don Cristóbal Perdomo de Cuéllar y de etc., etc., si era este cogotudo y bigotudo y patilludo, y su rostro semejaba el de un moscovita al lado del simpático y criollo de su rival? Item más; don Cristóbal si la galanteaba era como llevado de un compromiso ineludible, parecía hacerle la limosna de su amor, y cuando iba a su casa, lo que hacía siete veces por semana, más se ocupaba de negocios metálicos con don Jacinto, que de amorosos con Jacinta.

¡Ah!... la bella Jacinta merecía mucho más, merecía..... un amor; pero no parecía apenarse mucho, por la indiferencia o falta de cortesía de su amante oficial; antes bien holgábase en reconocer que no tenía que retribuir un afecto que no existía, o si existía se disimulaba. No por eso dejaba de concederle su amistad muy sincera y aun sonrisas y hasta carcajadas cordiales en celebracion de sus guasas; por lo que, al creer de las gentes, se hallaban en la mejor armonía, quedando así satisfecho el amor propio de don Cristóbal. ¡Era tan guapa Jacinta! De no existir Hortensia, ella sería el sol de Bayamo.

Jácome en melancólico silencio y con dudosa resignación, contemplaba aquel astro de amor y felicidad que la pérfida fortuna no permitía brillar para él, y rabiosos celos amargaban su existencia; tanto más rabiosos cuanto eran más impotentes e inofensivos. Sabía darse cuenta de su insignificancia, pero no sabía conformarse al porvenir obscuro que su negra suerte le prometía.

Campo, campo, campo, expansión, horizonte sin límites pedía su imaginación fogosa y exaltada, un palenque digno de sus audacias, a la altura de sus aspiraciones, pero el Bayamo de entonces en su naturaleza virgen, ofrecía mucho a los industriales, brindaba fuentes inagotables a los buscadores de oro, y nada, casi nada, a los que sólo contaban con la actividad intelectual.

¿Qué importaba que Jacinta pareciera destinada a él por la naturaleza, si el mezquino interés se interponía y si la amaba un rico? ¿Quién era él, mísero arrendatario, colono empobrecido deudor vergonzante del mismo don Jacinto, que era él, junto a aquel que contaba por centenas las cabezas de ganado y por docenas las caballerías de su hacienda? ¿qué medios poseía para disipar el denso nublo que se cernía en su atmósfera, eclipsando el único rayo de sol que iluminaba las arideces de su vida?

¡Ah! ¡si como él en el mundo financiero era un cualquiera, un quidam, Jacinta también fuera una cualquiera, una quaedam! He aquí porque a despecho de su natural sencillo y modesto, ansiaba la riqueza que abre las puertas del poder, y algunas veces, aunque raras, las de la felicidad.

¡El sencillo, el modesto, se convertía en un ambicioso! Sagrada sed de oro,—decía Virgilio,—y yo digo, bienaventurados los preadamitas, porque ellos no conocieron el vil metal, ni los billetes de banco, estólidos despertadores de la codicia.

Esto, como era natural, engendraba en su ánimo un odio sordo y mortal hácia aquel futuro yerno de don Jacinto, que le aventajaba sólo en una cualidad, la cualidad de poseedor.

Sin tener un átomo de pretencioso, allá en los fueros de su clara conciencia, se juzgaba en dotes materiales y morales superior a su favorecido rival, y lo era en efecto; mas el dinero, "poderoso caballero" constituye para ciertos círculos sociales, la mayor de las ventajas, y esto era la muerte de sus esperanzas.

No esperar, es no vivir, o es vivir ansiando la muerte.

II

VISITA EPISCOPAL

En aquellos días la ciudad y toda la provincia de que era cabeza se preparaban a una fiesta extraordinaria, a saber: la recepción de S. I. el Obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano, quién, volviendo en santa visita a su metrópoli, Santiago de Cuba, debía pasar por Bayamo y allí demorarse algunos días para efectos episcopales.

Se sabía que se hallaba ya en el Hato de Yara de donde pasaría a Bayamo, y se hospedaría en la casa del señor Figueroa, que era la mejor del poblado y una de las pocas de cal y canto y de dos pisos, de los cuales, el superior lo ocuparía S. I. y el interior lo habitarían don Jacinto y su hija; pues era cosa imprescindible que pasaran a la ciudad y allí residieran mientras permaneciera en ella tan ilustre huésped.

¡Insigne honor que enaltecía a todos los miembros presentes y pasados de la excelsa familia de don Jacinto! insigne honor, cuyo recuerdo pasaría de generacion en generación para gloria futura de la raza Figueroa.

Doce piezas de oro había dado ya don Cristóbal para los regios preparativos; y era uno de los que habían de ir, caballeros en briosos trotones, a recibir a S. I. por el camino de Yara para escoltarlo a la ciudad.

Una visita episcopal en esa época era el gran suceso, sobre todo en nuestras olvidadas y monótonas poblaciones de campo: los ricos vaciaban gustosísimos sus bolsas, como que no todos los días se presentaba ocasion tan propicia, para patentizar la esplendidez de su situación financiera; las palmeras tenían que ceder todas sus pencas para embellecer calles y edificios, y su fuste en esqueleto, sin el ornamento de su verde cabellera parecía herido del rayo, y por algún tiempo dejaba de mecerse al impulso de la brisa halagadora.

Nada más triste que una palma desmochada, y es de sentirse que la naturaleza que hizo bella esa planta, la hiciera al mismo tiempo tan útil: ya no rumorean sus hojas halagadas por el céfiro, ya no triscan las avecillas en su verde follaje, ya el mayito no cuelga en sus pencas su nido. Parece que llora la pérdida de su belleza, la que fué adorno y risa del prado.

Palmas y multicolores banderas, cortinas, luminarias, guajiros a caballo, damas en trajes de fiesta, industriales exhibiendo sus mercancías sobre todo del género bucólico, esclavos de ingenios aprovechando la ocasion para vender con mayor aprecio sus productos, ruido de instrumentos que con ultraje a Nebrija llamaban música, convites, paseos, romerías, tales eran los efectos más visibles de las santas visitas, útiles particularmente en ese sentido, que hacían girar el dinero y éste, de los pecuniahabientes iba a parar a manos de los pobres. La ciudad, e nsu disfraz de gala, desaparecía bajo un aluvión de adornos cívicos y amenudo grotescos.

La juventud de ambos sexos, porque entonces la devoción no era privilegio exclusivo de ellas, se preparaba para el acto de la confirmacion, ceremonia que en población interiores se verificaba cada diez o veinte años, cuando presente y siempre de paso un Obispo, que a veces solo para administrar ese sacramento salía de la metrópoli a sus santas visitas. Agujas y tijeras agitábanse preparando trajes, las costureras gemían bajo el peso del trabajo, mientras las modistas, si trabajaban sería en otra parte, porque en Bayamo no las había, y cada chica cortaba y confeccionaba sus vestidos que estaban muy lejos de asumir las pretensiones de hoy.

Si consideramos que Cabezas Altamirano ya en su calidad de obispo, ya como hombre piadoso, caritativo, bueno, en fin, era acreedor a todo, no extrañaremos que para aquellos fieles y sencillos moradores del Bayamo, dotados del espíritu religioso y crédulo que fué característico de nuestros abuelos, la noticia de la visita del ilustre Prelado, fuera el gaudeamus general; no había sacrificio que no estuvieran dispuestos a realizar para hacerle agradable su residencia; y como las acciones más gratas a S. I. eran las de caridad, se había resuelto que constituyera la base de los festejos, el repartimiento de limosnas, en dinero y efectos, para las cuales los ricos colonos y el vecindario, todos habían contribuido generosamente.

Allí se veían en los portales de la plaza pública, medio velados por las palmas y hojosas ramas que vestían las columnas y horcones, los sacos de viandas y cereales donados por don Jacinto, las doce terneras regaladas en favor de pobres por don Cristóbal, las cincuenta parejas de ganado lanar cedidas por el opulento Valdivieso, los cajones de cigarros y garrafones de vino del almacén del alcalde, que era el primer bodeguero de la ciudad, allí ocupando todo un intercolumnio se contoneaba un valiente alazán, destinado por don Félix para ser rifado en beneficio de los pobres y allí también el óbolo de

la Viuda, es decir, la media docena de gallinas mandadas por la madre de Jácome.

El negrito Apolo había recorrido los sitios comarcanos buscándolas baratas, pues habían encarecido gracias a la muchedumbre de visitantes que de toda la jurisdicción acudía a gozar de la presencia de S. I. y a recibir su sacra bendición.

Harto comprendían la Viuda y su hijo el tristísimo papel que había de tocarles en aquellos festejos y regocijo general, en que otros, don Cristóbal entre ellos, brillarían y triunfarían, suscitando esas mezquinas emulaciones y rivalidades que suelen verse en las aldeas, pero de las que ellos se eximían, porque se recluían modestamente a su casa, como avergonzados de deber y no pagar.

Cosas más serias que el afán de brillar en salones y eclipsar a obscurísimos vecinos ocupaban incesantemente la imaginación de uno y otra.

—Tú serás rico también, decía la madre, a quien afligía el semblante siempre melancólico de su hijo. Con diligencia y honradez todo se alcanza: ese destino de administrador de los cuantiosos bienes de don Félix Valdivieso te abrirá las puertas de la felicidad.

—Sí, madre, se pagarán las deudas; a tí no te faltará nada; eso será mi consuelo. Pero ella....

—Ella pagará el delito de unirse a un hombre que no la ama.

—Falta saber si yo permito que ese miserable se la lleve.

—¿Qué dices, hijo mío? te has perdido el juicio. ¿Te olvidas que es poderoso, que es un hombre honrado?

—¡Un egoista!

—¿Por qué ama a Jacinta?

—Porque no la ama y se casará con ella: y sobre todo porque Jacinta no lo quiere. Todo es cuestión de no disgustar al prepotente. ¿No estuvo él, don Cristóbal, enamorado de Hortensia, y no la abandonó por la rica heredera?

—Lo supo Jacinta?

—Lo supo y desaprobó su conducta; pero tuvo que resignarse a las exigencias de su padre.

—Y si realmente amara a don Cristóbal?

—Lo dudo, mejor dicho, me consta lo contrario; pero sacrificarán por ambición y por orgullo a esa desgraciada, casándola con un hombre antipático que no ama más que el dinero.

—Hijo mío, la pasión te ciega.

—Madre, ese matrimonio me parece un crimen, uno de esos crímenes morales a que nunca alcanza la justicia humana, y que son más odiosos porque el hechor confía en la impunidad.

—Deja que lo castigue la justicia de Dios que es infalible; mira, Jacinta no puede descontentar a su padre que la trata como hija única; pero es una excelente muchacha; a tí te distingue con su

aprecio, a mí me trata con cariño de hija: ninguna queja podemos tener. Si ama a don Cristóbal es una desgracia, pero tú debes ansiar su felicidad, tú debes ahogar todo sentimiento de odio hacia su prometido, tú debes....

Llamaron a la puerta.

III

EL PREPOTENTE

Llamaron a la puerta. Con el puño, por supuesto, por que no había campanillas, ni mucho menos timbres eléctricos: la electricidad todavía era toda.... negativa; Franklin, Morse, Cyrus Field, todo eso eran mitos que esperaban en las tinieblas del porvenir a que el genio de la humanidad viniera a hacerlos germinar.

—¿Quién es?—exclamó la Viuda.

—So gente güeno.

Esa frase ya revelaba que era un etiope quien tocaba y respondía. Además en el metal de voz conocieron que era el negro carabalí Juan Bembon, esclavo de don Jacinto, a quien así llamaban en la ciudad por razon de sus labios belfos.

Era un negro de buena pasta, carácter papatache, que con la mejor voluntad llevaba y traía recados y esquelas, y no cogía realitos cuando no se los daban. No parecía pesarle mucho la esclavitud, y eso que era de la tribu feroz que en Cuba llama el vulgo carabalí comegente.

—Adelante!—añadió Jácome, sin levantarse, pues no había necesidad de ello: las puertas no se atrancaban de día.

El mensajero, obdeciendo, empujó, abrió y entró, presentando un pliego cerrado; no en argentina bandeja como en los pueblos cultos, sino de mano a mano; ni llevaba el portapliegos, casaca galoneada y tricornio de terciopelo, como los elegantes pajecillos medioevales sino, vestido de listado crudo y cuasi limpio, en armonía con su tez de azabache, gruesa y lanuda testa sin sombrero, y anchos pies sin zapatos.

La Viuda absorta, tal vez temerosa, abrió el inesperado pliego, y ambos, madre e hijo, se quedaron atónitos. Era un recibo en toda forma de la mortificante deuda en favor de don Jacinto. Reconocieron

la letra del factotum, fiel de fechos Dominus Vobiscum, la firma del pedáneo, la rúbrica garrapateada del señor Figueroa... ¿qué significaba aquello?

Se miraron, leyeron: se remiraron, releyeron, y después... se volvieron a mirar, volvieron a leer. Al fin habló Jácome, contestó la Viuda.

—¡Eso debe ser un error!

—¿Por qué? Tal vez sea una dádiva.

—¿Dádivas de don Jacinto?

—No lo dudo. ¿Qué es para él la cesion de un crédito que no le hace falta? Además el galardón más grande de la riqueza es que permite ayudar a los pobres.

—¡Pocos son los ricos dadivosos!

—Pero los hay, y no debe nuestro orgullo privarlos de ese goce de hacer favores, que es el mayor y más legítimo que puede proporcionar la riqueza.

—No quiero favores de tal hombre.

—Pues yo lo aceptaría ¿porque nó?

—Porque tal favor.... tal favor parece una afrenta.

—¡Jesús, hijo!

Aquí volvieron a leer el inesperado documento; volvieron a mirarse.

—Es un regalo de la Providencia que quiere premiar tu honradez y diligencia: la suerte hasta hoy adversa, se torna en nuestro favor. Y lo prueba ese gran destino que sin pedirlo has logrado.

—Pero es preciso, madre, saber lo que quiere decir esto,—replicó Jácome que se sentía herido en su orgullo de pobre.

—¡Bien! mañana mismo nos iremos a dar las gracias al señor don Jacinto. El se explicará.

—¡Enhorabuena! pero si no hay una razon plausible para esa donación, me parece que debemos hacerle el honor... de no aceptarla.

La madre guardó silencio.

El hijo también. Y harta razon tenía para maravillarse. El sabía que aquel padre feroz e intransigente, aquel argos estaba totalmente dominado por su hija, en todo menos en lo referente a amores y novios; en eso no transigía: la dejaba árbitra de su bolsa; pero quería ser dueño de su corazon.

¿Sería qué?.... No, no es posible que Jacinta zahiriera de tal modo su susceptibilidad, no podía hacerle tal agravio, porque agravio fuera perdonar una deuda de dinero a hombre de pundonor tan quisquilloso. ¿De quién era entonces aquella mano oculta que desde hacía algún tiempo parecía adivinar y adelantarse a sus menores deseos? No, no podía ser Jacinta ni podía ser el egoista don Jacinto, ni menos don Félix, ni persona alguna que pudiese imaginar.

Por lo mismo ansiaba descifrar el enigma y al día siguiente, en efecto, vestida ella con sencillez y decencia, él con decencia y senci-

llez, se fueron a significar su gratitud al generoso donador que moraba en su propiedad rural y cuasi urbana, pues apenas distaba milla y media de la urbs, tocando sus linderos los ejidos del poblado. Pedibus andando, por supuesto, que entonces había mejores piernas que hoy, y además era cosa de media hora por el camino de Jiguaní: a pie iban a ella y de ella volvían don Jacinto y su gente.

Nos adelantaremos y nos introduciremos sin cumplimientos, que para eso somos noveleros; y luego que hayamos inspeccionado la finca, nos ocultaremos detrás de alguna puerta para oir el diálogo, cosa que más de una vez han hecho los novelistas, pues no sé de que otro modo han podido saber lo que pasó entre Malek-Adel y Matilde de Cottin, entre Renzo y Lucía Manzoni, entre Fausto y Margarita Goethe o entre Sancho y Teresa Panza.

La posesión era tan extensa como fértil y de las mejor cultivadas del recinto. Los terrenos estaban sembrados de maiz, tabaco, plátanos, añil, hortalizas. Estos frutos y a más el cacao, el algodón, pastos, cuajaban las llanuras de la isla, cuya parte oriental era por entonces la más poblada e importante como que aun la Habana no era oficialmente la capital. Arboles ignorados, frutos desconocidos, maderas aun sin nombre, jenjibre, vainilla, cera, corambres eran principales productos, que en carabelas por el puerto de Manzanillo se exportaban, o por el caudaloso Cauto, cuya boca aun no impedía esa barra de fango que hoy lo inhabilita para buques mayores.

Sesenta siervos africanos desempeñaban las faenas de campo y batey, y entre ellos, algunos, muy pocos, de la raza autóctona, impropiamente llamados indios en vez de siboneyes.

Un autor, ganoso de lucir erudición, advertiría que la palabra procedió del río Indo, y fueron indios los moradores de sus orillas, de donde el nombre de la India, que luego se llamó Oriental cuando se creyó que la había Occidental. Como Colón buscaba un paso para ella y como a ella creyó haber llegado, nada extraño que se llamara indios, a los siboneyes y borinqueños, y que más tarde se generalizara la palabra a los aztecas, araucanos, sachemes, goaxiros, y, en suma, a todos los salvajes color de cobre.

Ya en la época de don Jacinto los indios no se repartían en encomiendas cual en tiempos de Velázquez y Las Casas; ni eran ya esclavos, porque Isabel la Generosa, es decir la Católica, se había horrorizado al saber las persecuciones de que eran víctimas los inofensivos aborígenes; y a su noble mandato cesó tal estado de cosas, bien que fué para recrudecerse en los infelices africanos, que tuvieron que resignarse y callar, porque no eran ni blancos ni católicos.

Errores de los tiempos más que de los hombres.

Ellos, los indígenas, en un principio laboraban las minas, ahora abandonadas, y hacían girar las mazas de los trapiches en los primeros ingenios, flaco servicio en que fueron reemplazados más tarde, por negros, éstos por bueyes, y que hoy desempeña el vapor.

Mucho diferían las fincas de las de hoy, pero en aquellas como en éstas trabajaban veinte para que enriqueciera uno, sudaban los mal vestidos africanos al calor de los trópicos y corrían los barrigones criollitos, desnudos y descalzos por el batey, con su collar en que no faltaba el diente de ajo y la muela de Santa Polonia, abogada de muelas.

Allí, palo en mano y largo machete al cinto, rostro avinagrado, pelicorto y barbilargo, avivando a los obscuros braceros, está un blanco de adusto semblante.... ¡ah! sí, ya los había, en la alborada del siglo diez y siete, ya habían empezado aquellos hombres, tipo especial de las colonias, que nacieron del egoismo, que se nutrieron de sinrazón y que se llamaron mayorales.

La casa de vivenda era más cómoda que artística, más espaciosa que elegante: el arte cedía siempre al sibaritismo de aquellos primitivos colonos, sin más goces que los del hogar, sin más aspiración que la opulencia: salón diez veces más extenso de lo necesario, pero amueblado con pésimo gusto; mesas allí confeccionadas de cedro allí cortado, sillones no ya de majagua y cuero crudo, sino lo que era última elegancia, de cedro con asiento y alto respaldo de pulido marroquí color sangre de toro: nada había de boj que entonces era box, ni de almoraduj que se escribía almoradux. De consolas no existía ni el nombre, y espejos de salón Nueva York no enviaba, porque aun no había la New York Británica reemplazando a la nueva Amsterdam holandesa.

Sobre mesa de pino un objeto extraordinario, fenomenal, inverosímil.... ¡un libro! En pergamino, con letras grandes, las mayúsculas de color florido, gastadas las hojas como pasadas por mil manos ¿qué podría ser en aquel tiempo en que tanto aun se imprimía en latín? No podía ser novela de Zola ni versos de Zorrilla, tampoco ejemplar de los primeros Quijotes que no empezaron a hacer reír al mundo sino tres años después; pero sí podría ser algún disparatado libro de caballerías de los que pulverizó la tremenda sátira de Cervantes, tal vez alguna traducción de los latinos de Fray Luis de León, u otro de los pocos sabios que en el mundo habían sido; podría ser también el **Camino de perfección**, de Santa Teresa de Jesús, todavía no canonizada ni reconocida doctora de la iglesia, pero sí, ya admirada en su vida y obras por los católicos: acaso la **Crónica de los Reyes Católicos**, la **Biblia**, el **Espejo de Consolación del triste**, de Juan de Dueñas, o el **Tratado en contra y pro de la vida solitaria**, de Cristóbal Acosta, o la obra de medicina de Francisco Cobarrubias, quizás única que rodara por el mundo en romance o lengua vulgar, que así se llamaba la nuestra cuando empezó a desprenderse del latín.

Ni necesitaba de libros la vida patriarcal y laboriosa de nuestros primeros colonos: no había envenenadora política ni endurecidas intransigencias, se rezaba, se trabajaba, crecían y se multiplicaban como en la edad de oro de la humanidad: sobraba espacio y se carecía de

cáidados. Sólo se temía a los piratas ingleses y franceses, hasta turcos y argelinos que infestaban estos mares, y eran terror de los incipientes y mal guarecidos puertos del Nuevo Mundo. A la sazon el temible Gilberto Girón bojeaba a Cuba, y después de sentar sus reales en la isla, que no Cayo romano, acechaba y perseguía las naves que pasaban por el Bahama; pero ¿qué podía intentar contra Bayamo, ciudad interna? Pacificada ya la isla, se dormía allí sin cerrojos, y de día no se atrancaban las puertas.

La Viuda y su hijo entraron. Trabuco, Mariposa y Palomo, fieles guardadores de la finca, ni refunfuñaron ni ladraron. Cosa singular, los perros de entonces, oriundos de la noble raza de los mastines de España, sólo se ensañaban contra negros e indios y gentes de mal olor, pero saludaban con la cola a las personas decentes.

Don Jacinto recibió a los visitantes con cortesía tosca, que tosco era hasta en sus cortesías; pero apenas oye el objeto, replica:

—No acepto esas gracias, señora, porque yo he sido pagado.

—¿Por quién?....

—Por quien es autorizado de reservar su nombre.

—Si usted tuviera la bondad...

—Todas las bondades, señora, son tenidas por mí.

—De decirnos a quien debemos agradecer....

—No soy facultado para decirlo, señora.

Enfermedades ha tenido el habla castellana que han pasado sin dejar huella: el purismo de los días de Góngora, el naturalismo y el decañdentismo o pedantismo de hoy, son ejemplos. Lo que no sabemos de donde brotó es el pasivismo de don Jacinto y tantos otros de su época que todo lo decían en la voz pasiva. Soy venido, soy ido, sabido, en vez de vine, fuí, supe; hasta soy almorzado por almorcé.

El joven Jácome, con acento que nada tenía de altanero, pero sí mucho de inquisitivo, añadió:

—Usted comprenderá que no podemos aceptar un beneficio sin saber a quién lo debemos.

—Soy comprendido de todo, pero ya soy dicho que mi futuro yerno no me ha facultado....

—¡Su futuro yerno! ¿luego es don Cristóbal quién?....

—¡Don Cristóbal! ¡lo he dicho!... ¡Ah! vamos; veo que he hablado como un burro. Supongan vosotros que no soy dicho nada.

—¡Con que fué don Cristóbal!—decía Milanés ensimismado y levantándose para despedirse.

—Recordad,—dijo severamente don Jacinto,—que no es permitido hablar, recordad que estoy obligado al secreto y recordad que soy hablado como un burro.

Jácome, con silenciosa gravedad, hizo una señal de asentimiento forzado. Había realmente en aquello mucho en qué pensar, y se reservó el derecho de pedir cuentas del atentado: ¡qué desgracia tener

que callar porque así convenía y porque así lo exigía el prepotente don Jacinto!

La Viuda y su hijo se retiraron; aquella en meditabundo silencio: éste repitiendo en diversidad de tonos:

—¡Con que fué don Cristóbal!

—Lo cual quiere decir que ese hombre que odias desea tu felicidad.

—¡Y me la arrebata casándose con la mujer que amo!

—Deja de amarla, sigue el consejo de tu madre: Hortensia, tu prima, te merece.

—¡Hortensia! ¡pues gracioso fuera!—dijo Jácome para sí.

En este momento vino a aumentar su congoja, el episodio del negrito Apolo, que acudió a su memoria, y ponderando el misterio que aquella donación le parecía encerrar, de nuevo se preguntó:

—¿Por qué me lo regalaron?

IV

¿QUIEN ES BAYAMO?

Digresemos un poco. En vez de decir que es Bayamo se podía decir quién es Bayamo, como si se tratara de persona, porque nunca imperó tanto como en aquella época la supremacía individual de alguna personalidad prominente. En ninguna poblacion secundaria, y entonces casi todas lo eran, faltaba un prepotente que por influencia, categoría, talento, las más veces por riqueza o audacia, era el todo de la ciudad, la asumía, la representaba, de tal modo que no se pronunciaba el nombre de ésta, sin que ocurriera la idea de su personaje supremo.

¿Quien Bayamo? Bayamo es don Fulano de Tal.

En el Bayamo de aquellos días era don Jacinto Figueroa el supremo, el predominante, el cacique, en fin; pero advirtiendo que esa voz no se usaba en el sentido de hoy, ni aun existía la palabra caciquismo, como tampoco se empleaba la de buey de oro, significando un bruto rico.

A ese cacique o señor preponderante, que nunca era don, sino señor don, se le halagaba y se le hacía la corte, se le envidiaba, se le daba siempre la razon, aunque por lo general no se le amaba, que es cosa nada común amar a quien se teme y envidia.

La ciudad de Bayamo, tercera que fundó Velázquez en 1513, y primera que en Cuba, según Saco, tuvo clases de latin, esa ciudad que había de dar más tarde a un José del Socorro Rodríguez y mucho más tarde un Saco, un Medina, un Fornaris, un Zenea, un Céspedes y otros notables, no tenía por entonces más que dos escuelas, una iglesia, un convento, valla, billares y bodegas, bodegas en que se vendía de todo, hasta medicinas. Liceo no había ni cosa que lo pareciera, pero sí había cercas de piña de raton, bibijaguas en solares yermos, cabras y cerdos, sueltos por las calles. No se acongojen por eso los

bayameses, porque han pasado ya cerca de tres siglos y no es posible negar que los han aprovechado honorablemente; se han decuplicado, se han modernizado, y tanto, que entre el Bayamo de ayer y el de hoy, hay la distancia que entre París y Lutecia, entre Nápoles y Parténope.

En el de ayer se hacían cuatro comidas diarias, precedidas de su inexcusable benedícite, que cuando hay poco que hacer en una comunidad se reproducen las comidas y los muchachos. En ellas mucha carne, mucha vianda, y algo de caza eran la base; peces los del río, y cangrejos los que pormenorizaba Pepe Cangrejo, que los cogía por las ciénagas de las inmediaciones. La vida era allí tan primitiva, que la permuta suplía la falta de monedas en las exigencias mercantiles al pormenor, como sucedía ab initio, antes de la pecunia.

Usaban los bodegueros para cambios y vueltas menores una contraseña de hojalata, signo representativo, llamado tablilla, que solo servía en su bodega, y se daba la contra, que era un surplus, deducido por lo general de la misma mercancía comprada, y que quedaba a favor del criado comprador. Un huevo representaba medio en plata, una vela (se fabricaban de sebo y cera) era equivalente de un cuartillo: las onzas no existían ¡ya lo creo! la tosca moneda llamada macuquina hasta muy entrado el presente siglo, cuando ya había en España y dominios los carolus, los napoleones y los fernandos, el primero de oro, éstos de plata.

—Deme usted o dadme vos (que éste era el tratamiento más usado) dadme vos un huevo de garbanzos; despachadme dos velas de arroz, y la contra de cantua.

Y el catalán o bodeguero (que ya desde entonces las dos palabras en Cuba se confundían) no podía negarse a recibir aquella moneda, de modo que en ocasiones, un mismo huevo volvía y revolvía a la misma bodega. La ganadería, la cría caballar, la caña, era el empleo de los capitales; las minas, sepulcro de tantos indios, se habían abandonado; las industrias menores las ejercían los negros libres y la gente pobre, peninsulares y sus hijos criollos.

Los indios o siboneyes si algunas ves entraban en competencia siempre eran vencidos. Raza floja, indolente y cobarde, iba cediendo paso y terreno, y desaparecía ante la preponderancia de la Europea. Tal fué siempre el destino de las razas salvajes en contacto con las civilizadas; anularse. Apenas quedaban 50,000 de los 200,000 que se calcula poblaban la Isla cuando la descubrió Colón, poco más de un siglo antes. Y ese resto, abyecto, miserable, constituía la más desgraciada de las tres razas que poblaban la Isla, porque aunque ya desde el gobierno de Mazariegos, medio siglo atrás, se habían mandado recoger en Guanabacoa y otras poblaciones, no eran menos esclavos del hambre y la miseria. Errantes por los bosques, hambrientos y desnudos, alimentándose solo de raices y frutos silvestres, no constituían ya elemento social ni de peligro, ni de ventaja; no servían ni

de estorbo, porque no se les temía. Se suicidaban por escapar a la indigencia, o trabajaban por sólo la comida, o robaban, nunca en pandillas armadas, pues desde la rendición y castigo de Guamá en Baracoa, acaecida cincuenta años antes, solo sabían huir y esconderse de las fieras, hombres y perros, que los perseguían.

Se fueron en menos de dos siglos: ¿porqué se fueron? Muy crueles diz que eran los conquistadores; pero si no lo hubieran sido ¿existiría hoy un indio? No, por cierto; hubieran durado un poco más y desaparecido, envenenados por la civilización.

La historia sólo cuenta de ellos un rasgo de dignidad, cuando arrastrados al combate por el fotuto o el caracol de Hatuey; pero fué rapto fugaz que se apagó como el fuego falto de pábulo. Después, por 1530, el valeroso Guamá, en vano se esforzó por las inmediaciones de Baracoa, en realzar el decaído espíritu de su raza; sólo logró reunir una dáfila de ladrones y cuatreros, ni más ni menos que el temerario Indio Bravo, que en postrimerías del pasado siglo se entretuvo en asolar el Camagüey. Lo que fué el último resuello de la extinta raza.

Hoy no faltan poetas que los enaltezcan; se deplora su suerte; se escriben aréitos y siboneyas; "se cantan glorias de Hatuey"; se nos quiere hacer creer que eran felices en su estado de inocencia y salvajismo.... con su pan se lo coman los indiófilos ¡paz a los difuntos! pero sepan que cuando vivos, inútiles, ignorantes y sucios, foco de infecciones y microbios, no se les hacía más caso que a aquellos africanos de ayer que debieron su libertad a la ilustración y enaltecimiento de la raza blanca.

Don Jacinto, hombre práctico y positivista, solía decir a su futuro yerno:

—No daría uno de mis tiznados por diez de los cobrizos.

Pequeñísima fué la parte que desapareció por asimilación, esto es, por mezcla con la raza invasora; esos que aun quedan por Tiguabos y otros puntos de Oriente, no conservan ni un vigésimo de sangre siboney. Así se irán los de Norte-América, y así los del Sur. El mejoramiento de las especies avanza siempre por aniquilamiento de los débiles y superivencia de los mejor dotados; así suponen los darwinistas, que se pasó del mono al antropóide, de éste al negro, del negro al blanco.

Pero nos alejamos; dejemos los negros y los monos, y volvamos a nuestros carneros.

El cacique o prepotente era superior al alcalde y demás funcionarios. ¡Ya se vé! el prepotente siempre es un rico, y un rico da dinero, mientras un alcalde... sólo justicia. ¿Quién osaría descontentar a un cierto Creagh en Santiago de Cuba, a cierto Iznaga en Trinidad y a Figueroa en Bayamo? Lo único que hablaba en favor de éste, era que aunque engreído en su prestigio e influencia, aunque parecía

darse cuenta de su preponderancia, no abusaba de ella; era orgulloso sin ser déspota, y hasta sin dejar de ser compasivo.

Su unigénita Jacinta era su mayor orgullo; no creía que pudiera haber en todo Bayamo hombre digno de ella con excepción del adinerado y linajudo don Cristóbal Perdomo de Cuellar y de etc., etc., y por eso en los grandes negocios en común y servicios mútuos, lo había comprometido a entablar relaciones con Jacinta, y contestaba con un bufido cuando de las pretensiones de Milanés se trataba.

El armó el casamiento, según acostumbraba decirse, y como Jacinta era bella, el señor don Cristóbal, bellaco, falaz, doloso, solapado y grandísimo majadero, se dejaba llevar de las cosas, y tal vez de concierto con la dama, parecía un almibarado galán... hasta que se presentó en la escena la irresistible criolla que había de trastornar su corazon y dar en tierra con sus no maduros planes.

Se enamoró entonces como un toro; y si esta expresion aparece innoble y grotesca en una obra honesta y decente como la nuestra, sépase que la usamos porque era la misma, la mismísima que empleaba don Cristóbal.

Y no era esa por cierto, la más impulcra de sus comparaciones, pues era hombre que ajeno a todo eufemismo, llamaba al pan, pan, y al aguardiente de caña, rascabuche. Prueba de ello que con el mayor desenfado y ante señoras, solía afirmar que el señor Dominus Vobiscum, se le parecía a un vitoque de cierto instrumento medical, cuyo nombre se sabe aunque se calla, y que se usaba mucho en aquella época (y en la nuestra); en otra ocasion y también ante damas, dijo que el carabalí comejente Juan Bembon, por llevar y traer esquelas le había cogido más reales que piojos tenía en la cabeza.

¡Y dígase qué el naturalismo es cosa de nuestra época! ¡Oh! ¡Zola! ¡si supieras cuántos antecesores ignorados has tenido en la española gente!

Pues uno de esos antecesores fué don Cristóbal Perdomo de Cuellar y de etc., etc., quién tras un suspiro que parecía un berrido, solía decir:

—Estoy enamorado como un toro.

—¿Quién es la vaca?—se le preguntaba.

—Esa incomparable Hortensia que vale ella sola más que todo el Bayamo: o me caso con ella o reviento como un ziquitratee .

—¿Pero qué decís de una Jacinta, con quién se os supone comprometido oficialmente?

—¡Oh! Jacinta... es muy bella y muy amable, y muy cuanto se quiera, pero Hortensia es incomparable....

—Y tiene....?—(Gesto del interlocutor, que consiste en frotar las yemas del indice y pulgar derechos, significando dinero).

—¡Ca!... ni un real;—contesta don Cristóbal;—pero qué importa, si yo tengo para los dos?

Por donde se vé, que don Cristóbal a despecho de sus defectos,

no era un sórdido idólatra del becerro de oro, siendo así que la incomparable Hortensia era cuasi pobre, y la bella Jacinta gastaba manton de seda, y dormía bajo mosquitero de muselina, y repartía limosnas.... ¡oh! a tutiplen, a cuantos le pedían; era tan generosa como bella, no por ostentación, sino por amor al prójimo; se perdonaba al padre el ser tan rico y altanero, en gracia de aquella hija tan guapa y bondadosa.

EL FUTURO YERNO

Que si era buena! Dígalo doña Agustina, la mujer de Pepe Cangrejo, que casi de sus dádivas vivía; dígalo don Miguel, el vendedor de pollos, casado con Salomé la costurera, al cual se le acaba de morir, hundido en las tembladeras, el único mulo que tenía para traer sus cargas al pueblo, y díganlo tantas y tantos otros que no mencionaremos.

Era una delicia ver a la astuta joven sentarse junto a su adusto padre, cogerle por una oreja o por las barbas, y decirle con la más zalamera de las hipocresías:

—Con que..... papaito; vamos a ver, papaito; tú... tú sabes que yo te quiero mucho, ¿no es verdad?

El argos con miedo y arrugando el ceño, vuelve a ella su rostro de Harpagón.

—¿Cuánto me vas a pedir, hija?

—Un caballito, papaito, para el pobre Miguel, marido de Salomé, mi costurera, que....

—Un caballo, ¡pues no es nada! ¡que no, que no! ¡que no!

—Vamos, papaito, no te quieras hacer el egoista, que yo sé que tú eres muy generoso. La pobre Salomé...

—Pero, chica, tú me vas a arruinar con tus....

—¡Chit! ¡silencio!—contesta ella tapándole la boca con sus dedos de rosa;—tú tienes de sobra, y esa infeliz no tiene nada. Mira, se le murió su mulito....

—Pues que monte en la burra de Balaán.

—¡Chit! ¡silencio! soy administradora de los bienes de don Jacinto Figueroa.

—¡Pues valiénte administradora! En lo que va de mes, ya has dado más de veinte pesetas macuquinas, y luego, todos los días la carga

de viandas para la gentecilla de la calle de la Caridad, la leche para las Gutiérrez, la casita que le has dado a vivir de balde a la de González, las de Santa Ana que no se les puede demandar porque están muy pobres; luego, como quien no dice nada, una vaca con su ternero para esa... esa... esa... doña Agustina Cangrejo.

—Pero, papá, si la pobrecita está de parto, y no tiene ni.....

—Pues que se busque madre que la envuelva; ¿quien la manda parir?

—Jesús, papá, qué cicatero te estás volviendo; mira que no te quiero así.

—Y ahora a más de todo eso, que te compre un aparejo y un serón.

—¡No, papá! si ya eso está comprado, yo lo compré ayer con un dinero que te cogí.

—¡Un dinero que me cogiste!

—Sí, sí, sí, con un dinero que te cogí del bolsillo; lo que ahora quiero no es más que un caballo para el pobrecito....

—¡Un caballo! como si estuvieran los caballos ahí....

—Uno de aquellos caballitos que tienes en el potrero, que no te sirven para nada; mira que Salomé me vino a llorar....

—Pues que no.

—¡Un caballiiito, papaiiito!

—¡Que no! ¡que no!

—¡Que no, que no,—repite la joven incomodándose al fin, y remedando el acento de su padre,— pues le diré a tu futuro yerno que se lo regale; ¡veremos si él también dice que no, que no!

—¡Mentecato el hombre que se deja dominar por una chiquilla mal criada!

—¡Un caballiiito!

Don Jacinto se retira de mal humor y repitiendo q ue no; pero al día siguiente se levanta al rayar el alba, para enviar el caballo con aparejo y serón, al pobre Miiguel, que había perdido su mulo.

Y digamos de paso que en realidad la atrevida joven, era muy capaz de cumplir su palabra.

¡Cuántas veces hablando al impuesto novio, decía con los labios y con el alma:

—¡Ah! si yo tuviera dinero mío, mío, mío, le iba a regalar un costurero a la pobre Fulanita, que vive de lo que cose, y le compraría una manta de abrigo a la infeliz Zutanita que no tiene qué ponerse.

—Que Fulanita invente una máquina, y que Zutanita se caliente al sol;—contestaba jacoseriamente don Cristóbal.

Pero al día siguiente, la una tenía costurero, y la otra se abrigaba con su manta nueva.

Así era como aquel angelito de Dios iba encaminando al cielo, las almas de aquellos dos egoistones.

Y aquel hombre, don Jacinto, de tan ásperos modales y tan buen

corazon, aquel hombre que parecía refractario a todo lo noble y grande, y era luego el primero en someterse y practicar todo lo grande y noble, meditando a solas, llegaba a comprender que el mayor de los dones que le había otorgado la Providencia, era darle una hija, y más aún, una hija que lo dominaba como a un niño.

Se sentía inducido al bien, embriagado en la atmósfera de bondad que lo circundaba.

¡Un día... pera basta! nos vamos distrayendo demasiado.

Habíamos quedado en que don Jacinto quería que don Cristóbal fuera su futuro yerno, y así lo llamaba, aunque a éste nunca le ocurrió la expresión futuro suegro.

Y las horas se deslizaban formando días y en semanas se tornaban los días, áridos, monótonos, iguales siempre al anterior, como sucedía en las poblaciones rurales tanto en Cuba como en nuestros dominios del Sud América. Y don Cristóbal, sin saber lo que esperaba, ni lo que daría de sí el porvenir, aparecía amador platónico de la rica heredera, y sottovoce renegaba de su excelsitud, que lo hacía el primer partido de Bayamo, y el único novio (a los ojos de don Jacinto) digno de su encumbrada unigénita.

¡Ah! si Milanés fuera rico; si Milanés se enalteciera; si Milanés pudiera dominar un tanto su indomable amor propio y entrara en un convenio secreto; si pudiera decirle la verdad de lo que sentía; si pudiera....

Pero continuaban las horas formando días, sin que la ocasion ocurriera, y el futuro yerno se iba dejando llevar, y el inviolable don Jacinto sonreía satisfecho, y contaba in petto las cabezas de ganado, esclavos, caballerías y piezas macuquinas que habían de constituir el cuantioso dote de su hija.

¡Y Hortensia guardaría silencio, y Milanés callaría!

Ya hemos dicho que no faltaban a éste méritos personales y de cuna ¡únicos! Entonces se apreciaban más los blasones; tan adheridos estábamos a las monarquías y otras cosas del tiempo viejo; todavía la América era de los europeos y para los europeos, y vivía pegada a Europa, como chiquillo medroso a las faldas de su mamá. Monroe no era aún ni larva del porvenir, y faltaba más de siglo y medio para que el tío Jonatham arrojara la tetera a la cabeza de John Bull.

Una cosa muy singular pasaba, y tan singular, que no podemos eximirnos de la obligación de dar cuenta a los lectores.

Sucede en pueblos pequeños y retirados, como el Bayamo de hace tres siglos, que nada puede pasar oculto. Todo transpira, todo se sabe, todo se comenta y todo se aumenta, según la índole o la imaginación de cada vecino. Pocas veces se puede lavar la ropa sucia en casa, como aconseja el proverbio. La carencia de sucesos y motivos de conversación, hace que los locales y hasta los domésticos más insignificantes, adquieran su importancia relativa.

Ahora bien: todo Bayamo sabía que Perdomo de Cuéllar había

amado y galanteado a Hortensia, y sabía también que era el futuro yerno de don Jacinto. ¿Cómo, pues, se explicaba que Jacinta y Hortensia fueran o aparecieran ser amigas? ¿Cómo era que no parecían odiarse?

Esto se preguntaba más de uno, al ver a aquellas dos rivales que se abrazaban, se besaban, y luego, a solas, se reían a carcajadas, del mundo, de Milanés, de don Cristóbal y hasta de las majaderías del argos-papá, que a veces tenía la humorada y dignación de unirse a ellas, para alegrar y rejuvenecer un poco su espíritu. ¡El diablo son las chicas cuando están juntas y solas!

¡Entonces se despachan a su gusto, y ¡qué flores y qué lindezas suelen dedicarnos! Empero que la mujer sea frágil, que sea voluble, que sea antojadiza, que sea cuanto se quiera, esto no explica aquella singular, singularísima amistad y hasta cariño fraternal que parecía reinar entre dos damas galanteadas por un mismo galán.

Cuéntase de Shakespeare que viendo dos mujeres rivales abrazadas, exclamó: "Si fueran dos yeguas se entrarían a coces; pero son dos mujeres, se abrazan". Yo pienso que si tan triste idea tenía Shakespeare del corazon de las mujeres, era porque no había conocido a las cubanas.

Siempre fueron lo más bello, lo más amable, lo más... en fin, cubanas.

Pero todavía hay más: Bayamo sabía que Jacinta, futura oficial y reconocida de don Cristóbal, tenía no disimulada intención por cierto pobre, pero arrogante joven llamado Jácome Milanés, a quien no faltaba más mérito que el del dinero.

¿Cómo se explicaba eso? ¿Coqueteaba acaso la virtuosa Jacinta? Nadie comprendía el misterio; pero nadie se atrevía a acusarla. ¡Había hecho tantos favores! ¡era tan caritativa! ¿qué pobre no la bendecía?

Y ese pueblo que es tan murmurón y tan amigo de averiguar lo ajeno (no hablo de Bayamo, hablo de todos los pueblos de campo) callaba discretamente, como si aun habiendo gato encerrado, estuviera dispuesto a justificar y perdonar.

Más vale caer en gracia que ser gracioso, dice un refrán que sin duda fué inventado por un sin gracia.

EL BABINEY

Allí los tenéis en medio de la ciénaga, departiendo amigablemente, bajo los vetustos mangles y seculares yagrumas; el uno con su saco de majagua al hombro, porque es cangrejero, y por eso le llaman Pepe Cangrejo; el otro que es cazador, con su prehistórica escopeta de chispa, que heredó de su padre, Manolo el Cazador, el cual a su vez la había heredado de su progenitor del mismo nombre y apellido, y éste de un cuarto ascendiente de nombre y oficio ídem.

Ambos jóvenes, robustos, fornidos, ambos hijos del país, sin mezcla de sangre india ni africana, como solía suceder, y ambos autorizados por don Félix Valdivieso, dueño de la comarca, para vagar por aquellos andurriales y ganar su vida con su modesto oficio.

El uno, el cangrejero, es de Bayamo, el otro, cuarto descendiente de la generación de los Manolos cazadores, es de los hatos de Manzanillo.

Eran compadres, es decir, que el uno había bautizado un hijo del otro, y quien es padrino del hijo queda compadre del padre y de la madre del neófito.

En aquella época, la principal ocupación y divertimiento de los ociosos acomodados era la caza, que en la zona bayamesa tenía tanto de abundante como de variada. Codornices, yaguazas, guariaos, los cocos y perdices del país, palomas torcaces, rabiches, poblaban las praderas y las sabanas, becasinas, gallinuelas, patos de Florida, sevillas, zaramagullones y flamencos pululaban en ríos, lagunas, ciénagas y tierras bajas; liebres no había, pero sí jutías; roedor indígena de muy agradable apariencia... con arroz o en salsa de tomates; los ciervos, planta exótica, no empezaron hasta el presente siglo, pero había jíbaros, que así llamaban al cerdo silvestre, y había perros jíbaros que

los perseguían y también perros domésticos adiestrados para esa caza.

Pero Manolo el Cazador no cazaba por diversión sino por oficio, así como su amigo Pepe Cangrejo abastecía a Bayamo y vivía de los crustáceos.

Sabían caminar por las ciénagas y las tembladeras, lo cual es un arte de muy difícil aprendizaje.

¡Ah! ¡la horrible tembladera! el infierno de fango, deleite de Satanás dando la muerte a pequeños tragos. Los puercos, sólo ellos, las cruzan sin haberlo aprendido; pero desgraciado el incauto que sin previo conocimiento llega a ser presa de ese infausto tremendal que los indios llamaban babiney.

Se hunde, se hunde, poco a poco, con lentitud espantosa, como para que sea más angustiosa la muerte; y en los esfuerzos que hace por salvarse sólo consigue acelerar el hundimiento, que luego continúa despacio, muy despacio, pero fatal, incontrastable. Si quiere apoyarse en los brazos, estos también se hunden y quedan presos; si trata de levantar un pié el otro se enclava más, sin lograr su objeto.

Ya se ha abismado hasta el pecho: lo siente oprimido; el rostro amoratado, la respiración fatigosa, los ojos enrojecidos y saltantes, todo revela la inmensa agonía del que se ahoga, y la envolvente masa de cieno sigue su proceso ascendente, lenta, implacable; con ella la muerte tanto más horrenda cuanto es más impasible y silenciosa.

—¡Socorro!.... ¡nada! no hay oidos humanos que recojan ese grito de agonía porque las tembladeras se forman allá junto a las ciénagas, en los parajes más incultos y solitarios, parajes que el hombre no frecuenta porque nada producen más que lodo y muerte; son manchas de terreno que siglos de humedad han reblandecido en muchos metros de espesor; todo lo que allí cae, hojas, ramas, seres vivos, se hunde, se pudre, y viene a formar parte de ese cieno inmundo, pastoso, putrefacto.

Ya la ola mortífera le llega al cuello, le cubre los hombros y sobre ellos se va cerrando pausadamente!

—¡Socorro!... solo los pájaros contestan chirriando por la espesura. El grito supremo del agonizante ya apenas se oye porque le falta el aire, es un estertor antes que lamento. Y prosigue el hundimiento inexorable, y en la parte hundida del cuerpo siente bullir gusanos inmundos que viven del cieno y que parecen recibir con júbilo la presa que pronto devorarán.

¡Se hunde! ¡se hunde! ¡ya no puede ni dar quejidos! ¡Qué horribles esos momentos a los qué seguirá una eternidad! Y sin luchar, sin poder significar su desesperacion con el grito y las convulsiones, porque cada miembro está sujeto, porque todo él está rodeado, oprimido, sofocado por aquella masa inmunda y pastosa, que no es ni líquida ni sólida, y que va a cerrarse sobre él como la tapa de un ataud para no alzarse jamás.

¡Ya no hay esperanza! como sucede al cataléptico que enterrado vivo despierta en la tumba y se da cuenta de su situación; el desgraciado se dispone a morir y ruega a Dios que abrevie su tormento. Encomienda su alma... aquí le asalta el recuerdo de sus culpas, va a comparecer de pronto, sin preparación, ante el Tribunal Supremo, y la conciencia le acusa de mal que hizo y del bien que dejó de hacer... ¡oh! si pudiera volver al mundo y reparar sus faltas, si tuviera siquiera un día para el arrepentimiento y la expiación.

Pero ¡cá! la ola implacable ya supera la barba, se acerca a la nariz; está condenado a presenciar hasta el último instante su propio enterramiento; hace esfuerzos por respirar y el lodo inmundo le llena las fosas nasales, le tapa los oidos, hormiguea sobre sus párpados.

Después.... el fango se cierra pausado, impasible, por sobre su cabeza, en tétrico silencio, sin un gemido, sin un grito que anuncie la extinción de una vida, sin burbujeo, sin estertor de moribundo.... nada que denuncie el crimen que ha perpetrado el mismo inconsciente. La calma aterradora, el silencio pavoroso.

El hombre que envuelven las llamas, que cae en un precipicio, o cuyo corazon atraviesa una bala, muere de repente, no se da cuenta, no hay tiempo para el dolor; pero la traidora tembladera parece que se deleita en su obra, y devora despacio, despacio como para alargar el tormento...., y su deleite.

Y luego, todo queda unido, liso, compacto; sobre la tersa superficie trinan los pájaros y la blanda brisa rumorea meciendo las florecillas silvestres; nadie sabe donde se hundió y donde yace el cadáver del amigo o el deudo: el babiney parece que se esmera en ocultar su crimen.

Algún día, ¡quién sabe! corriendo los siglos, ese terreno será feraz y habitable; los hombres cavando por oro encontrarán un esqueleto fósil en sentido vertical, sospecharán acaso el horrendo drama, y dejarán escapar alguna palabra de conmiseración.

—Hoy estoy de malas,—dijo el de Manzanillo mostrando su no muy rica caza.

—Sí, ya veo que no tienes más que gallaretas y frailecillos.

—Topé un jíbaro, pero se me escapó, y luego tumbé una grulla que cayó redonda, y cuando la iba a coger tuve que echar a huir.

—¿De la grulla?

—No; de un caimán que vino y ¡jau! se la tragó enterita sin quitarle las plumas ni las patas.

—¡Ave María Purísima!

—Después me encontré los guariaos.....

—Esa es buena caza. Un guariao vale una pava.

—Ya lo creo.... mira, mira, allá va volando una partida de ellos; casi todos los días los veo; pero esos malditos han cogido ahora la

manía de ir a posarse más allá de los jagüeyes a donde no se puede ir.

—¿No se puede? ¿Por qué?

—Porque por allí anda Satanás con toda su parentela.

—¡Ah! ya, ya.... las ánimas del otro mundo.

En efecto, más allá de los jagüeyes ningún cazador se arriesgaba, porque esa era la zona en que solía aparecer la luz de Yara. A tal punto había llegado la preocupación, o sea el miedo a la aparición preternatural, que los campesinos ignorantes habían marcado con postes o linderos de camino (que entonces tenían aquí el mismo nombre que en la Península) los puntos hasta donde era lícito llegar sin invadir lo vedado.

—Pues yo estoy de suerte, añadió Pepe Cangrejo con aire menos abatido, he llenado mi saco hasta el gollete, y me voy para él Hato de Yarà; desde que ha llegado la gente de sotana, todo se vende allí bien.

—Pero no durará mucho la feria, porque el capataz se nos va pronto.

—Sí; pero antes va a Bayamo para casar a doña Jacinta.

—¡Cá! no; va para echar bendiciones y comuniones; pero tal vez, de paso.... ¡Válgame María santísima!

—¿De qué te espantas, compadre?

—Estoy pensando en el dinero que va a juntar don Cristóbal con su casamiento; ese se traga a todo Bayamo.

—¡Ya! si me dieran no más que un millon por cada toro que cría en sus tierras, ya estaba yo rivo.

—Pues ya lo creo ¡miren que gracia!

—Lo que yo te digo es que la niña Jacinta vale más que él. Si a mi me cayera una hembra como esa, creo que lo primero que haría sería ahorcarme.

—¡Ahocarte!

—Sí, hombre, de gusto, de alegría; estoy seguro que me volvía loco y me ahorcaba.

—¡Qué barbaridad!

—¡Por eso! haría esa barbaridad o cualquiera otra.

—Pues mira, confórmate con tu Agustina y con tu suerte.

Mientras así hablaban iban caminando con dificultades, ya pisando troncos secos, ya evitando fangosos charcos, cada uno con una gran rama de mangle, batiendo el suelo para imponer respeto a los caimanes que son el gran peligro de las ciénagas cubanas; o mejor dicho, para hacer que se movieran y denunciaran por ende su presencia, porque inmóviles como leños. invisibles sobre el cieno que es de su color, permanecen como adormecidos aguardando la presa, y de pronto ¡jau! como decía Manolo el Cazador; atrapan un pie y lo trituran entre sus acerados molares. Al morder dan un vagido insonoro, y acuden otros y otros a disputar y despedazar la presa. Porque, podrán

ser menores que los del Nilo los cocodrilos cubanos; pero son idénticas sus cualidades triturantes.

Al fin llegaron a una zona limpia que llamaban camino, sólo porque el terreno era allí más firme, y por él se iba de un lado a Manzanillo, y del otro a Bayamo.

—¡Mira, mira!—dijo Pepe Cangrejo con indecible admiración;—por allí viene... ¿pero qué diablos es aquello?

—No sé...—dijo el de la escopeta;—veo varios hombres..... ¡Vaya unas vestidos raros! si parecen disfrazados.

—¡Y a esta hora! ¡en este lugar!—añadió el del saco.

—¡Me figuro que se trata de un crimen! ¡llevarán a enterrar a algún matado!—replicó el cuarto de los Manolos.

—¡Chico! ¿no serán?.... Mira, lo más prudente es mirar sin ser visto.

Ambos se recataron en el manigual y silenciosos atisbaron.

Lo que vieron fué lo más inesperado que podía verse por aquellos solitarios parajes. Erase un numeroso grupo de hombres, con abigarrados y rarísimos trajes, que llevaban tres presos amarrados, tres adanes, pues era lo más singular que esos tres presos venían descalzos y completamente desnudos.

Entrados en edad los tres; venerables, mansos, en actitud y apariencia de perdonar agravios, o de vengarlos con beneficio.

La turba que los seguía, era una indescriptible horda de desalmados. Parecía aquello una mascarada, un despropósito de carnaval. Habíalos con traje holandés del siglo XVI, algunos parecían bandidos napolitanos del tiempo de Marco Schiara; pero los más semejaban hugonotes de la época de la Liga, y uno que al parecer actuaba de jefe, pudiera ser tomado por el almirante Coligni, por su traje. Diríase una horda de ladrones que hubieran saqueado la guardarropía de una compañía dramática.

Algunos llevaban colgada al hombro a guisa de banda real, una garrafa de aguardiente de la que bebían a intervalos, y casi todos carabina al hombro, borrachos, se tambaleaban sobre sus inseguras piernas, asumiendo las actitudes más grotescas. Aquel extraño y en cierto modo lúgubre cortejo, se dirigía a Manzanillo, inclinando sobre el Yara, y vinieron a pasar junto al lugar en que se ocultaban el cazador y el pescador.

Al llegar al llano comenzaron a cavar una fosa ¿dónde el difunto? No lo había; es que aquellos desalmados obligaban a sus víctimas a abrir la sepultura en que amenazaban enterrarlos. Atónitos los dos montunos, contemplaban furtivamente y en sepulcral silencio, el misterioso caso que no alcanzaban a comprender.

De pronto, una sospecha de tangible verosimilitud vino a iluminar la mente de ambos.

—¡Ah!....—exclamó el Cangrejero, abriendo tamaños ojos y que-

dándose boquiabierto, sin poder añadir palabra, embargado por el asombro.

—¡Chico!—replicó con espanto igual Manolo Cuarto—¡me está pareciendo que son!....

—¡Ellos son!—gritó su trémulo compañero.

E incontinenti, en dirección contraria, emprendieron la fuga precipitadamente por entre el maniguaza, el uno hacia Manzanillo, el otro hacia Bayamo.

VII

VAMOS AL RIO

Pues gracioso fuera en verdad, que Jácome Milanés hiciera la corte a su prima Hortensia, cómo se lo aconsejaba su madre. Tan gracioso, que ante tal idea él mismo reía interiormente; porque es el caso que la propia Hortensia era la confidenta de sus amores y de todas sus pretensiones y maquinaciones.

Ella, compañera de colegio y amiga de la infancia de la bella Jacinta, aunque de la misma edad, la aconsejaba maternalmente en sus dificultades amorosas, en su necesidad de sustraerse a la suspicacia del argos-papá, y no tenía reparo en llevar o traer esquelitas misteriosas, a veces conteniendo una sola frase o una sola palabra, equivalente de muchas; y escrita por él con regular letra, por ella con patas de moscas; llenas las de él de fogosidad y pasión, respirando las de ella discreción y timidez, como persona que dudara del porvenir, y que, amando a Jácome, temía no poder resistir al ascendiente de su padre y del señor don Cristóbal Perdomo de Cuéllar y de... etc., etc.

Justamente aquel día, Hortensia, fiel y bellísima Mercurio, le había entregado, sellado con ensalivada oblea de harina, porque aun no había sobres engomados, un papelito que le trajo el criado Juan Bembón y que decía sencillamente:

"Nosotras vamos al río mañana por la tarde."

Lo cual más que noticia, era un úkase, una orden terminante de ir al río, sin admisión de excusas. Milanés besó con frenesí aquel sagrado sello que habían humedecido los coralinos labios de Jacinta, y se prometió no faltar a la cita.

Es preciso haber residido en Bayamo para comprender lo que allí significa ir al río.

El río de Bayamo es un afluente del caudaloso Cauto: afluente poetiquísimo, perdónese ese superlativo; ríen sus aguas y ríen sus floridas

riberas, brindando solaz, salud y vida, a las hermosas bayamesas cuyo paseo favorito en tarde de estío y otoño era aquel encantado recinto. No había otro ¡y aquel era tan bello!

Era único paréntesis de gozo en la vida laboriosa y semipatriarcal de la época.

El río con aguas clarísimas, como que se deslizan por cauce de arena y piedras, tiene allí unas cincuenta varas, y entre él y la ciudad, que termina en un barranco, media una zona llana, que llamaban entonces Campo del Monte, de unos trescientos metros de latitud, con pocos árboles y cubierto el suelo de espartillo, barbas de indio, rabos de zorra, y otras hierbas inútiles.

Allí, después de comer, porque se comía a las tres de la tarde, acudía toda la ciudad, el rico y el pobre, el Bayamo con y sin medias, de donde la frase ir al río se hizo equivalente de ir a pasear, aunque se fuera en dirección opuesta. Desde aquella orilla, o mejor, antes de bajar al barranco que limita la explanada, la gentil Bayamo envuelta en su manto de verde boscaje se parecería a una ninfa saliendo del baño, si las ninfas tuvieran casas y calles, torres y techos y además se bañaran vestidas de verde.

El maestro de escuela don Factotum, a quien llamaban Dominus Vobiscum, porque ese era siempre su saludo, compartía con algunas familias pobres el cargo o el arbitrio de llevar asientos (bancos y sillas de madera o de cuero) que por una pequeña retribución ocupaban los paseantes. Esas sillas las traía en un burro viejo y manso, tan manso, que en él, ¡arbitrio fecundo! montaban los muchachos, llevándolos el Dómine del cabestro, a medio cada niño y un real de vellón cada niña, para un paseo ecuestre por la orilla del río.

El percal de matices chillones era la base del vestido sencillo y modesto de las damas: la seda parecía cosa vitanda, pocas sin medias, la totalidad sin sombrero, que el clima lo rehusa, y tan primitivo era Bayamo, que no se ocupaban en criticar sin piedad los trajes de las amigas.

Todas cuellecito arriba, muy recataditas.... No había, a lo menos en Bayamo, esos escándalos de la moda, que obligan al desnudo de espalda y seno, para lucir excitantes formas y provocar descabellados deseos.

Allí se hablaba de amores y otros intereses, allí se holgaba y se reía, se comía maní tostado, alegría de coco, frutas del país, y tortas de Tarragona, o avellanas tostadas y un tanto atrasadas. ¡Cuántos se concluyeron allí negocios de mayor cuantía! ¡cuántos se iniciaron allí matrimonios para cercano porvenir!

El panorama bellamente salvaje en su conjunto, era encantador en sus detalles en punto a paisajes, Cuba es la Helvecia americana. Al Este, en medio a un mar de verdura se dilata, formada por un derrame del río, la extensa y juncosa laguna de Ana Luisa, distante al Sur se dibujan la majestuosa Sierra Maestra y el gigantesco Pico de

Turquino, cubiertos éste de nubes, aquella de frondoso bosque, cuyo verdor, pálido por la lejanía, se aviva a medida que se acerca a la ciudad; una temperatura cálida dulcificada por el céfiro vespertino, un cielo azul con tintes opalinos que, envidioso, parece competir con el suelo y se engalana con sus más bellos matices; y allá, en el horizonte coronando el cuadro las palmas y cocoteros en cuyas verdes cabelleras mecidas por el céfiro, parece que palpita y ríe el alma de la joven Cuba. Las aves silvestres, y todavía todas indígenas, revoloteaban chirriando sobre el remanso y por entre los arbustos y broza de las incultas orillas; el cauteloso lagarto se oculta al cernícalo de vuelo seago y traidor, el gavilán persigue a la tojosa inofensiva, y se oye de cuando en cuando a la caída de la tarde, el melancólico arrullo de la rabiche que, oculta en las ojosas remas del tamarindo, parece llorar la muerte de aquel espléndido sol de Bayamo.

Cuba es la hija mimada de la naturaleza; y la región oriental con su vegetación fogosa, su cielo purísimo, su sol de fuego, sus majestuosas noches de verano, su invierno, que no es más que lijera variante de su primavera, es la hija mimada de Cuba. Y como los efectos estan siempre en armonía con las causas, se comprende como de aquella naturaleza exhuberante había de surgir algún día una generación robusta, vigorosa, prepotente, defensora enérgica de sus derechos, capaz de todas las heroicidades por conquistarlos y sostenerlos.

Allá, no muy lejos, multitud de chicos, en pelota, se bañan jugueteando con estrepitosa alegría; más cerca, algunos pescvadores de caña se hacen la ilusión de que se divierten, sin hablar, sin moverse, mirando al agua como estatuas que adornaran al río .

Vése allí una canoa de cargar verduras, la más primitiva e informe que puede imaginarse, y tanto escaseaban las diversiones, que en ella, ramo de flores en tosco búcaro, se metían las damas para paseos fluviales.

Don Cristóbal, que de no ser tan estirado y mofletudo parecería un Periquito Entrellas, sentado junto a Jacinta, charla y galantea y puja chistes, o cosas que juzga chistosas; y el zapotero ríe gozoso porque el galante futuro yerno, convidando a la dama, y echándola de jaque, le ha pagado sus zapotes o nísperos el doble de lo que valían. Además aunque la dama apenas se comió dos, él, don Cristóbal, despachó docena y media.

En esto llegó Jácome dando el brazo a su madre.

Y al verlo llegar Perdomo de Cuéllar, se volvió a Jacinta y le dijo:

—Cata ahí a ese majadero de Milanés; por lo mismo no dejaré el asiento.

Esto, dicho con acento que más tenía de cómico que de grave, ocasionó una mirada amistosamente severa de Jacinta; pero aquel rostro, cuando serio parecía sonreir, y aquellos ojos, cuando iracundos parecían acariciar; mientras que en el rígido y adusto de don Cristóbal, la familiaridad y la chanza parecían fuera de su centro natu-

ral; creeríase que sólo palabras de antipatía debieran brotar de aquella boca que apenas sabía reir. Ya hemos dicho que era mucho más bella su alma que su cuerpo.

—Hombre, qué gracioso está usted,—contestó ella haciendo un delicioso puchero bucal.

—Yo siempre lo estoy,—replicó él, zampándose medio zapote de que arrojó la cáscara al suelo.

—Quiere usted evitar que hable conmigo?

—No; pero quiero fastidiarlo un poco.

Jácome se acercaba en este momento, con visible disgusto, al ver a su favorecido rival ocupando el puesto junto a la señora de sus ensueños. Cuando encontró asiento para su madre se dirigió a ellos.

—Vamos, señor futuro yerno,—exclamó Jacinta procurando no ser oída de Milanés,—es hora que usted tenga la amabilidad....

—¿De qué?

—De marcharse con la música a otra parte,—concluyó ella con fingida seriedad.

—¡Ah! ¡pérfida!—contestó él en igual tono, y levantándose para ceder el puesto a Jácome.

Y otro medio zapote desapareció en las tenebrosas profundidades de su boca.

—¿Tienes más que pedir, ingrata?

—Que no vuelva a aparecerse por aquí..

—A no ser que se me antoje jugarle una a ese rendido Adonis.

—¡Cuidadito con eso!

—Adiós, pérfida, ingrata, traidora.

—Adiós, señor futuro yerno.

Otro medio zapote.

Y se separaron con saludo y sonrisa; no con apretón de manos, que entonces ninguna doncella (rica o pobre ,señorita o moza) daba la mano a un joven, y menos a su amante. Francia estaba muy lejos de nosotros; mucho más que hoy.

Jácome se quedó absorto y rabioso ante tan inesperada condescendencia.

¡Cederle el puesto junto a ella! ¡Y con aquel aire de protección o de indiferencia! sonriendo y tragando medios zapotes! ¿Podía darse ofensa más grave? ¿Hay agravio mayor que no ser tenido por hombre peligroso?

¡Creérsele inofensivo! ¡Oh! aquello merecía, merecía....

Con trabajo hizo Milanés un saludo de gracias, mientras don Cristóbal se iba a ocupar otra silla junto a Hortensia, con quien habló a lo somormujo de cosas que nada nos importan por ahora.

Consta sin embargo que no se trató de la próxima llegada de S. I. que era por aquellos días el asunto más favorecido en conversaciones privadas y públicas, ni tampoco se habló del amor sin esperanzas de

Jácome, aunque ese amor debía ser cosa para uno y otro de vitalísimo interés.

Jácome, aprovechando la ocasión, ocupó el asiento cedido, siempre pesaroso de deberlo a la insolente galantería de un hombre de quien prefiriera recibir agravios, y empezó a verter sus lamentos y temores en el corazon de Jacinta, que le escuchaba con éxtasis. No habló del rival, porque ella le prohibía nombrarlo y sobre todo insultarlo.

—Gracias,—la dijo,—por la esquelita que vino a darme la vida ¡ah!.... yo besé con delirio aquella oblea que había estado en tu boca.

—¿Qué oblea?—preguntó Jacinta admirada.

—La que cerraba la carta; aquel sagrado sello....

—¡Pero si yo mandé la carta abierta!

—No, cerrada; a no ser que fuera mi prima....

—Pues sería tu prima.

Averiguado más tarde el caso, se vino en conocimiento de que ni una ni otra habían sellado la carta; y al fin se supo que el mandadero, esto es, el carabalí comegente, Juan Bembón, viendo la carta abierta y creyendo que fuera olvido de su ama, entró en una bodega, pidió una oblea, la ensalivó y se la plantó al billete. Y ese era el sagrado sello que el enamorado mancebo religiosa y amorosamente había besado.

Mordióse al saberlo Jacinta los labios para no reir; pero luego, cuando a solas con Hortensia, soltaron las dos una carcajada tan franca, tan metálica y tan burlona, que de oirla Jácome no les hubiera vuelto a mirar a la cara.. por una semana.

¡El diablo son las chicas cuando están juntas y a solas!

Entretanto don Cristóbal y Hortensia siguen hablando de cosas en que no tenemos para qué mezclarnos.

La tarde ya tocaba a su término; el espléndido sol de Cuba, madurador de mieses y plátanos y engendrador de tabardillos, se hundía en el golfo de Guacanayabo, com majestuosa lentitud, como pesaroso de abandonar aquel encantado recinto.

Cuando de pronto, como ráfaga de fuego, corrió un rumor y con él un malestar por toda la concurrencia, y la gente se movía y removía, charlando los unos, gesticulando los otros, todos en visible sobresalto.

Un hombre (Pepe Cangrejo, con el saco vacío porque los crustáceos se habían desparramado en la carrera) un hombre, semejante al superviviente único de las Termópilas, llegó jadeante, sudoroso, gritando:

—Los franceses en Yara ¡prisionero el Obispo!

Pasmadas se quedaron las conversaciones, heladas las risas, inmóviles las bocas que hablaban o reían.

—Se aguaron nuestras fiestas,—observó don Cristóbal.

—Ya se esperaba esa catástrofe u otra,—pensó por su parte Dóminus Vobiscum.

En efecto, en días anteriores unos arrieros, trayendo carbón al pueblo, habían visto por tres noches consecutivas aparecer la siniestra luz de Yara, lo cual ya se sabía que era señal segura de calamidad pública.

Esto hizo que la mayoría optara por la retirada; los hombres no se ponían sus sombreros porque no se lo habían quitado, y las damas no se pusieron sus mantillas porque ninguna tenía mantilla, ni se usaban. En silencio y como en son de duelo, se levantaron recogiendo las unas su canastillo, las niñas sus juguetes.

Pero parece que los destinos habían dispuesto señalar entre todos el paseo de aquella tarde.

Nubes que parecían desprenderse del Turquino se aglomeraron sobre la ciudad y no se desgajaron en torrentes, pero dejaron caer gotas que vinieron a constituir el sainete principal de la fiesta.

Gritos, barullo, denuestos, carreras, pisotones, risotadas; no puede concebirse, ni en tierra ni en mar, ni en nada, diversion que igualara al espectáculo que ofreció en aquel momento el Campo del Monte. El Dómine monta en su burro y parte con la rapidez.... de la tortuga; las damas corren hácia los portales, y por detrás, suspendiéndose el túnico en la carrera, al batir de los talones, dejan ver sus menudos y ligerísimos pies, o la suela de sus zapatos; los chicos que en traje-Adan se bañan, salen del río, los unos para re-bañarse en agua del cielo, los otros arrebatan sus calzones, con ellos en la mano corren hácia el poblado, y mezclándose sin pudor y en su traje de baño entre las damas, logran antes que nadie meterse bajo los colgadizos, y allí dentro de sus calzones.

Milanés consigue un monumental paraguas en que guarece a su dama; pero don Cristóbal nada mejor encuentra que gritar a la suya:

—¡Corre, que te mojas!

Y a la par de ella, escapa en busca de abrigo contra la rociada, llegando los dos, empapados de la cabeza a los pies.

Algunos galanes alzan una silla, y volviéndola patas arriba, respaldo abajo, guarecen con la tabla del asiento la cabeza de sus damas; muchas imitan el ingenioso artificio, y aquellas chicas corriendo de tal manera, ensilladas, aumentan lo cómico del trance.

Sobran inconveniencias, menudean los pisotones, retozan las risas, de tal modo, que sin el oportuno episodio del paseo no valiera mucho; que por no salir de lo común no dejara recuerdos. Con el aguacero, por dos días al menos, hay asunto para conversación.

Sólo había una cosa que echaba a perder la gracia de las nubes; y era la nueva dada por el pescador de crustáceos, respecto al percance que a todos contristaba.

VIII

PIRATERIAS

Como bomba de dinamita en salón lleno de damas había caído la noticia en Bayamo, y se había extendido por toda la comarca con la velocidad del relámpago. Todos interrogaban, inquirían y opinaban; un espíritu de inquisición y opinación flotaba sobre la ciudad, se introducía en las casas, llegaba hasta las cocinas.

Se encontraban las gentes por las calles y se saludaban con esta frase:

—¡Los franceses!...

La palabra francés era por aquellos días en Cuba, sinónimo de filibustero y pirata; y no podía ser menos. Por un lado, no hacía España buenas migas con la Francia, ni eran Felipe III y Enrique IV siquiera primos políticos; y por otro, las frecuentes piraterías que asolaban la Isla y que hicieron mudarse al interior a varios pueblos de la costa, eran casi siempre realizadas por hugonotes.

Estos sectarios, por huir de su ingrato país, habían fundado en la Florida y algún otro punto de América, colonias abonadas con sangre, las cuales habían sido iniciadas por el Almirante Coligni, muerto hacía treinta años en la horrible noche de San Bartolomé. La prevención con que se les miraba los inducía al corso, a veces sin que hubiera estado de guerra. La piratería en aquel siglo se había hecho un oficio como otro cualquiera, y grandemente lucrativo. La Isla Tortuga, fecundo nido de piratas y más tarde Jamaica, ya inglesa, suministraban ladrones y bandoleros para todos los mares americanos. Los cayos que nos rodean eran su refugio y a menudo las orillas de sus solitarios ancones, depósito de sus robos que allí enterrados, acaso permanezcan perdidos para siempre; nuestras indefensas poblaciones, la Habana con unos 6,000 moradores, Santiago con poco menos, Trinidad, Matanzas, Baracoa, como Panamá, Darien, Maracaibo y otros

puertos españoles, eran blanco principal de los llamados filibusteros, palabra que entonces tenía su sentido primitivo, derivado de fly boats (barcos ligeros) y que después en América se ha aplicado a toda clase de invasores extraños, como la voz indio a toda especie de salvajes color de cobre.

España era siempre el blanco, porque la nación en cuyos dominios el sol no se ponía, había suscitado por su inmenso poderío la emulación de sus rivales europeos. En Flandes, Lepanto, Milanesado, Nápoles, Lusitania, sus tercios habían triunfado. Y luego, aquellos audaces aventureros que en seguimiento de Colón borraron el non del non plus ultra de las columnas de Hércules, los que habían roto el prestigioso encanto que envolvía al inviolable Atlántico, ahora paseaban su pabellón triunfante por todos los ámbitos del Nuevo Mundo; ¿cómo no había de encender su preponderancia la envidia del finchado Portugal, más pujante en mar que en tierra, de Francia, humillada en Pavía y San Quintín, de Inglaterra, que ya aspiraba, valiente, al señorío de los mares, y de aquellos argelinos que, valientes, aspiraban... al robo y al saqueo? Todavía los nombres de sus héroes Cortés, Pizarro, Magallanes, Ponce de León, Núñez de Balboa, eran los que más halagaba el aura de la popularidad en el mundo americano; mientras a la parte contraria sonaban los de algunos atrevidos piratas que fácilmente, y a veces sin derecho, se engalanaban con el título de corsarios.

Afrentar y robar a España era principal empeño; pero ni Jacques de Sores que toma y oprime a la Habana en 1555; ni el infausto Drake, héroe de la Dracontea de Lope de Vega, que saquea a Matanzas treinta y tres años después, ni el Ollonois, que cita Voltaire, y que en Remedios degüella noventa hombres, de un buque enviado contra él, ni Franquesnay, francés, ni Vernon, inglés, invasor de Santiago de Cuba; ni Morgan, plaga de Puerto Príncipe, sobre el cual escribió un drama Fernandito Urzaita, autor de los Poemitas infantiles para niños pequeñitos, ni ningún otro pudo ser tan atrevido como el Gilberto Girón, al menos a los ojos de los bayameses de aquel tiempo, que sólo habían alcanzado los dos primeros que hemos citado y otros que no necesitamos citar.

Por una parte, bien notorio es que el Obispo Cabezas Altamirano, era hombre virtuoso y sinceramente amado de sus feligreses; por otra, es preciso tener en cuenta el carácter religioso de esos feligreses, para comprender el estupor y la indignación que se había apoderado de los espíritus.

Emanaciones de credulidad y misticismo, y sólo ellas, impregnaban la atmósfera social de aquel tiempo de inocencia patriarcal, y cada quisque era reflejo de su época, como nosotros, incorregibles racionalistas, lo somos de la nuestra. No imperaba en el mundo católico y menos en Bayamo, ese pecaminoso espíritu de escepticismo, de duda y de negación, que flota en la atmósfera moderna y es esencia

de nuestro siglo. En Bayamo se creía; es verdad que la demoledora carcajada de Voltaire, como los sarcasmos de Volney y de Byron, no habían venido a agitar las conciencias y sembrar la duda; antes bien era el espíritu de Fray Luis de Leon y otros edificadores, canonizados por la opinión, sino por breve pontificio, lo que se infiltraba en las almas, haciendo imposible la impiedad y la duda. Si alguien dudaba, en esa duda tenía su tormento y su castigo.

Así fué que el suceso se consideró como la calamidad pública más grande, acaecida desde la fundación de la ciudad. Autoridades y pueblo, el paisanaje y la escasísima tropa allí de guarnición, hombres, mujeres, indios conversos, hasta los esclavos, se movían, se agitaban en el summum de la consternación, se comunicaban el siniestro episodio, por supuesto, exagerando los detalles y extraviándose en inverosímiles comentarios. Si algún defecto, si algun venial pecado cabía en la ilustre paternidad del Prelado, quedaba completamente lavado y purificado; el limbo de los santos rodeaba su frente, desde que la cubrieron las palmas del martirio.

Los hombres renegaban y maldecían, las mujeres rezaban y hacían promesas a San Salvador, abogado de los bayameses. Innúmeros fueron los votos por la salvación de S. I. La santa imagen del Patrono no consumiría en un año las velas que se le ofrecieron; comadrita hubo, que hizo la casi imposible promesa de pasarse hasta dos horas sin hablar; otro la hizo de no besar mientras durare la prisión; otro andaría sin zapatos por un mes; otro recogería de rodillas limosna para una misa. Por ellos sin duda se salvó el santo; porque los votos, cuanto más sean ignominiosos y penosos, tanto más serán meritorios y gloriosos.

Hablan ellos.

—¡Qué audacia! ¡qué escándalo! ¡qué infamia!

—¡Un hombre tan bueno, tan caritativo, tan santo!

—¡Y sabe Dios lo que pedirán esos facinerosos por el rescate!

—¿Un rescate? Ya, ya; una bala de cañón es lo que enviaría yo a ese pirata.

—¡Y digo! ¡un perro francés, un renegado, tal vez judío!

Hablan ellas.

—¿A pié, hija, puedes creer que se llevaron al santo hombre a pié y amarrado como un santo Cristo, desde el hato de Yara hasta Manzanillo?

—Y dicen, hija, que se lo llevaron desnudo como su madre lo parió.

—Jesús, criatura, no me digas eso.

—Pues, sí, muchacha, encuerito; si esos franceses no tienen vergüenza.

—Dios me perdone; pero yo los quemaría por herejes.

A esto, seguía la fantástica relacion de los milagros acaecidos durante la pasion y en las vejaciones infligidas al santo.

Flotaba calamidad en la atmósfera, anunciada por aciagos síntomas de pronóstico infalible. Ya por tres veces, con antelación, había aparecido la luz de Yara en las ciénagas del río, dos lechuzas, la noche precedente se habían posado dando siniestros chillidos, en la torre de la Iglesia, y, no por acaso, sino por deplorar el suceso o por no presenciarlo, el sol, aquella mañana había aparecido nublado. Item más, una vieja india, había observado que los cerdos que criaba en su patio, no habían querido comer su ración de guayabas y habían excretado indigeridas y enteritas las del día anterior, tanto, que pudieran reutilizarse para la famosa pasta.

Luego vino la común historia de la vida de S. I. con multitud de anécdotas, inventadas, cada una de las cuales bastaría a la beatificación de un cristiano; el sínodo romano no exigió tanto para canonizar a muchos que aparecen en el almanaque.

Nada más eficaz que el martirio, para hacer santos, y hay que advertir que mucha parte del caso es histórica, y quien quiera pormenores, pídalos a los historiadores Urrutia, Pezuela, Guiteras. A pie, desnudos y maniatados se llevaron los piratas a S.I., al Canónigo don Francisco Puebla, a Fray Diego Sánchez y otros familiares que lo acompañaban. Aquella turba de borrachos capitaneada por Girón, manoteando como dementes en manicomio, y vomitando impurezas, que felizmente S. I. no entendía porque eran franceses, encerraron a los secuestrados en una balandra armada en corso que tenían en el puerto de Manzanillo, mientras el Prelado se limitaba a alzar los ojos al cielo y pedir la gracia de aquellos desalmados que lo befaban, y que en su concepto, como los deicidas del Gólgota, no sabían lo que hacían. Un verdadero vía crucis que no tuvo los santos panegiristas del de Jerusalén.

Desde su balandra, el hugonote Girón, lanzó su ultimatum reclamando un oneroso rescate, tan oneroso, que S. I. permaneció ochenta y un días en cautiverio.

Mil cueros, cien arrobas de tasajo (carne salada), y doscientos ducados, pagada la conducción y todo entregado en Manzanillo, precio excesivo para la situación de la comarca; pero en medio de su enojo, como se conocía el genio feroz y sanguinario del pirata comenzaron los bayameses, entre maldiciones y juramentos de venganza, a reunir por contribución y donativos voluntarios, la tiránica exaccion.

Si el lector se traslada a aquella época, comprenderá la enormidad del rescate pedido.

El ducado, era una moneda de oro que entonces valía 1458 maravedís, maravadíes o maravedises, que los tres plurales tenía la palabra, según lo aseguraba el dómine Dominus Vobiscum. De modo que doscientos, representaban cuatrocientos veintiocho duros, lo que por entonces, era una cantidad fabulosa, siendo así, que tanto más escasean las monedas, y por tanto, mayor valor representan cuanto más atrasada la época. ¡Con decir que la famosa carabela Santa Ma-

ría, por la que Isabel la Grande no empeñó sus joyas, costó 25,000 pesos de plata! Con decir que todo un hijo de Dios fué vendido por treinta piezas de plata, equivalentes a trece pesos de nuestra moneda!

Se arruinaba Bayamo; pero al mismo tiempo que con febril agitación aprontaban los recursos para satisfacer la rapacidad de Girón rugían de rabia los bayameses y pretendían significar su cólera con algo más que protestas verbales.

Al día siguiente en la plaza pública era un maremagnum de gentes que hablaban y vociferaban; del campo iban llegando a caballo los guajiros, enardecidos y dispuestos a todo, como valientes que son, y bien lo han demostrado cuando Pepe Antonio, cuando el bravo Guamá, cuando los Agüeros y en otros casos: con el pueblo en fraternal consorcio, mezclábase la gente de armas, porque no podemos decir tropa, allí donde no había más que siete soldados y medio (el medio es uno enfermo), con tres caballos y un tercio (el tercio es uno cojo) viviendo en casas de cujes, que no llamaremos cuartel por no deshonrar esa palabra.

Darien, Perú, Anahuac, monopolizaban la atención, porque España desconocía el valor de Cuba o ese valor no existía. Dicen que fueron los críticos alemanes los primeros que revelaron al mundo el inmenso mérito del Quijote, y asimismo podemos decir que fueron los ingleses los que, tratando de quedarse con ella, siglo y medio después de la época de nuestra historia, hicieron conocer la importancia de esta colonia.

Más guarnición y recursos tenía por ser puerto, Manzanillo, que no fué, como Bayamo, una de las siete villas fundadas por Velázquez, pero hay, que advertir después de todo que no necesitaban tropa los bayameses para defender lo que ya llamaban la causa santa. Eran los de hoy con la diferencia que aquellos vegetaban en las antiguayas del siglo XVI, en que reinaba el tercero de los Felipes en España y en que todavía fijodalgo y natividad no se habían tornado en hidalgo y navidad.

Discutíase en grupos separados que por minutos aumentaban, y en cada grupo se proponía una medida diferente, a veces disparatada. Pagar ante todo y salvar a S. I., proponían los unos, pero en seguida reclamar a Francia, obligarla a devolver los ducados, ls cueros y los tasajos extraidos por el pirata. Salvar ante todo al Obispo, querían otros, y luego atacar, romper, matar, quemar, sustraer, desbaratar, morder, destruir, y vengar en toda la raza humana o a lo menos francesa, el inícuo desacato.

Improvisábanse recursos y se improvisaban oradores.

Un grupo numeroso a las órdenes del Alcalde de la ciudad, recoge donativos y prepara carretas para acarrear el cuantioso rescate.

Don Cristóbal de Perdomo de Cuéllar de etcétera, etc., ante un copioso corrillo que con entusiasmo le escuchaba, decía: "Ni una migaja de vergüenza nos quedará en la cara, si no castigamos esa insolencia; conmigo, compañeros, vengan todos los que amen su hogar y

sus familias, y que no quieran verlos, mañana, presa de esos bandoleros de los mares. ¿Quién respetará en lo sucesivo nuestro suelo y nuestras propiedades y nuestra dignidad, si dejamos impune el escándalo mayor que han visto los siglos?" A ellos, a ellos, a ellos. Yo no seré predicador (orador), pero tengo brazos como éste y puños como estos, para romperle la crisma a don Gilberto y toda su ralea, y si nos aplastan enhorabuena esa, "que no es la tierra el centro de los justos."

Esta última frase, prueba que don Cristóbal había leído algo de Argensola.

Ante otro grupo, así hablaba Jácome Milanés. "Baldon eterno sobre el Bayamo, si pacientes carneros, nos tragamos el insulto que en la persona sacra de S. I., se infiije a cada uno de nosotros. Armémonos todos, con carabinas, con machetes, con palos, azadones, piedras, cada cual con lo que pueda, y demos una lección a esa canalla. La heroica Bayamo, tendrá el honor de ser la primera en dar su justo castigo a esos desalmados que ya no más reirán alentados por la impunidad. ¿No ha quedado Gilberto Girón, en poner en libertad a S. I. antes de recibir el rescate? Pues a ellos en seguida, y mueran los judíos. ¿Hasta cuándo abusarás, ¡oh renegado Girón, de nuestra paciencia?"

Esta última frase, prueba que Milanés había leído algo de Cicerón. Por lo demás, bien sabido es que se llamaba entonces judío, a todo el que no era católico, costumbre que en el vulgo llegó hasta nosotros.

Diego Batista, amigo inseparable de Jácome, y Gregorio Ramos, fueron de los más exaltados, y tal se portaron, que merecieron honrosa página en la historia.

Todavía no se oía sonar el nombre del negro Salvador Golomón, que había de ser el héroe principal; pero cada cual se convertía en un Alonso de Ollua, aquel valiente fraile, que en mitad del décimo sexto siglo, sublevó a la Habana contra el pirata Franquesnay, que se había apoderado de ella.

IX

DOMINUS VOBISCUM

Junto a lo sublime, lo ridículo. Dóminus Vobiscum también sintió antojos de hacer el héroe, también se improvisó orador.

Se pierden en las nieblas del tiempo, van dándose ya al olvido aquellos dómines, terror de chicos, que enseñaban mediante la palmeta y las orejas de burro, latinidades y otras antigüedades, y que duraron hasta muy entrada la presente centuria. Yo no los alcancé y de ello me congratulo.

Dóminus Vobiscum, maestro de escuela y factotum de Bayamo, era célibe, gallego de cuna y andaluz de condición. Enseñaba latín y el arte de hacer jaulas de varetas de cocos para tomeguines, enseñaba gramática, y el modo de castrar cerdos sin peligro de pasmo; enseñaba también cuentas hasta quebrados, rezos, letra española y algunas otras cosas. El fué quien ilustró a los bayameses en el arte de comer tostadas con chocolate por desayuno.

Ignorante era él hasta allí y pedante era él hasta más allá, pero incapaz de hacer daño ni beneficio a nadie, y viviendo estrechamente con los cinco o seis ducados que la ciudad le pagaba, porque enseñara a los chicos y les diera correa, pues eran los tiempos de "la letra con sangre entra". Ocupaba además los empleos de amanuense, almotacén y fiel de fechos, y sin licencia actuaba de notario ante el pedáneo o alcalde de la ciudad; pero cartas para novias, versos para bautismos e improvisaciones de sobremesa que preparaba para otros, eran la fuente principal de sus emolumentos vitales, siendo en ello su primer ventaja que en el Bayamo de entonces no todos, y aun no muchos, sabían leer y escribir, como que no estaban aun muy atrás los tiempos en que Velázquez pedía al Rey e muy Sacra Magestad, don Carlos V., que no permitiese venir letrados a las colonias, tanto

era verdad que solo servían para enredar... ¡Ah! no olvidemos que también el Dómine alquilaba sus sillas y su burro cuando se iba al río.

De pie sobre un barril, rodeado de multiforme pueblo, peroraba a todos los vientos.

—"Aquí estoy yo, mis valientes; oídme, y sean mis palabras bálsamo de Fierabrás que exalte los corazones y conmueva las fibras del beligero corage. Los bravos no sufren afrentas, el sic est que los bayameses son bravos, ergo, los bayameses vengarán el desaguisado inferido a la religión católica por esos endriagos y vestigios de la criminalidad moderna. Partamos a la lid para volver como los ultrahoméricos espartanos con el estudio o sobre el escudo, o vencedores o muertos (**Aplausos**). No seamos borricos, mis valientes bayameses, no nos quedemos convertidos en unos pandorgos (**rumores**): mereceremos el desprecio de las naciones extranjeras si no enderezamos el entuerto infligido al organismo social por esos desalmados, jayanes que se disiparán como el humo al soplo de mis valientes; guerra a muerte a los malandrines y follones (estos términos hoy semiarcaicos, se usaban en aquellos días en que Cervantes estaba en su apogeo); si nos aplastan, moriremos como Marco Papirio en la silla curul; si vencedores, el laurel de la gloria coronará nuestras heroicas frentes, y la estatua del honor se alzará sobre los invictos campos de Bayamo, como se irguió sobre las asperezas de Otumba. (**Aplausos**). A la lid, mis valientes bayameses, seguidme con el lábaro, santo de nuestra redención, quia dulce et decorum est pro patria mori." (**Nutridos aplausos.**)

Algunos que no conocían al señor Marcos Papirio ni a la señora Otumba, no entendieron el discurso, pero lo juzgaron bueno, tan bueno que por eso no lo entendían, y convinieron en que era Dóminus Vobiscum "más sabiondo que la Nava" segun una comparación muy usada en Oriente por aquella época y que se debió a la famosa María Nava, de raza india, por otros llamada **La Bruja**, curandera en Santiago de Cuba, que falleció por el año 1600; tan popular fué, que las crónicas guardaron y transmitieron su nombre.

El Dómine pasó acto contínuo a su casa o escuela, donde procedió a armarse de punta en blanco; sus haberes no le daban para comprar armas, pero la yagua de la palma real cubana es, mientras verde, una corteza impenetrable para bala y machete; parece que la Providencia que tan pródiga fué para Cuba, agrícolamente hablando, también quiso regalarle baratísimo medio de defensa.

Don Dóminus Vobiscum confeccionó un escudo y morrión de yagua verde que adornó con plumas de cola de pavo; y de una vara de yaya hizo un lanzón que pudiera ensartar diez o más piratas si manejada por diez o más Sansones; formidable instrumento de guerra

fuera en efecto, si el perverso don Cristóbal no hubiera tenido la humorada de bautizarlo con el nombre de pinchasapos. Pero si pobres eran sus armas, no así las de Jácome que además montaba brioso corcel, regalados éste y aquéllas, por su consecuente prima Hortensia.

El Dómine con valor brutal, es decir a lo Marco Bruto, montó en su burro y se mezció en el grupo capitaneado por don Cristóbal, que gracias a los dineros de éste, fué de los primeros en prepararse.

¡Cuántos rumores, cuántas bravatas y cuántas mentiras flotaban en la atmósfera! Como sucede siempre en tales casos, las ponderaciones subían a las nubes; ya los piratas, al decir de muchos, quemaban a Manzanillo, arrasaban a Bayamo, se apoderaban de toda la Isla Fernandina y se la repartían como si se repartieran un lechon de Noche Buena.

Allí en la plaza, orondo y esponjado, abierto su corazon a los efluvios del entusiasmo como la ostra a los rayos del sol, estaba don Jacinto, el prepotente, con la rubicunda faz de un hombre feliz y satisfecho de la vida, que nada debe, que nada tiene que desear y a quien todo sonríe. Inflando sus pulmones como aquel que surge de una demasiado larga zabullida, exclama:

—¡Piraticas a nosotros! Soy creído que con esta gente de Bayamo, yo y mi futuro yerno, conquistaríamos a toda la Francia con sus islas y cayos adyacentes.

El futuro yerno pensaba quizás lo mismo, pero, más modesto, no lo decía.

Tampoco podía faltar allí, aquel don Felix Valdivieso de cuyos cuantiosos bienes era desde hacía poco, administrador Jácome Milanés. Don Félix era muchas veces millonario, no de pesos, que millonarios tales, aun no los había en Cuba y eran pocos en el mundo, pero si su capital se contaba por maravedis, maravedíes o maravedises era un ciento de veces millonario.

Con él hablaba y reía el odioso don Cristóbal, y aun parecía ser Jácome el objeto del diálogo, porque en él fijaban la vista con insistencia.

Cuando el futuro yerno saludó y se separó, para ir a otro grupo, Milanés siempre dispuesto a afrentar a su rival, siempre en solicitud de la ocasión, sobretodo después de aquella tarde en que le había cedido el puesto al lado de su novia, lo que en su concepto era el mayor agravio que podía hacerle, se llegó a Valdivieso, y con no disimulada emoción le preguntó:

—¿Conocíais a ese hombre?

—¿A don Cristóbal? ¡Ya lo creo! Es sobrino mío.

—¡Ah!....

—Pero me admira que vos no lo supiérais.

—Ignoraba....

—Pues, él fué quien os recomendó para el empleo que ocupais.

—¿Sí....?

Este sí salió entre una pausa y una reticencia, como si fuera penoso pronunciarlo, y tanto que Valdivieso se le quedó mirando y añadió:

—Al oir como habla de vos lo creía vuestro mejor amigo.

—¡Ah!....—repitió Milanés, sin poder pasar de esa interjección.

Aquellos elogios de boca de su rival, eran para él píldoras de acíbar superconfitadas de azúcar. Inmóvil, silencioso y ensimismado, se quedó por largo espacio, como tal vez Semíramis, si es verdad que se le apareció la sombra de Nino.

Güiros y atambores sonaron por el extremo de una calle, lo que imprimió mayor animación a la muchedumbre que bullía en la plaza.

Las partidas comenzaban a formarse: la de Gregorio Ramos, porque se conocía su valor y pericia, era de las más nutridas. Uniformidad, ninguna, ni en vestido, ni en armas; cada uno llevaba lo que podía. Don Jacinto y don Cristóbal y el mismo Valdivieso costearon el armamento de muchos; no quedó pedazo de hierro, que no se convirtiera en instrumento ofensivo. Sólo Dóminus Vobiscum pensó en las defensivas.

—Mis valientes,—gritaba con entusiasmo en su dialecto medio gallego—si Cortés quemó sus naves, nosotros quemaremos.... quemaremos.... comaremos....

—Sí, sí, comeremos,—interrumpieron algunos guasones.

Las damas con premura y primor cosían una bandera, y estaban dispuestas, como las cartaginesas ante el Scipión, a convertir sus joyas en instrumentos mortíferos.

Don Jacinto bufaba, don Cristóbal rugía, las madres y esposas no temblaban, porque la empresa era riesgosa, pero sacratísima, y su misma santidad debía garantizar el éxito. Milanés continuaba meditando y no se daba cuenta de lo que le pasaba.

¿Qué infame suerte era aquella suya que lo condenaba siempre a ser deudor del hombre a quien ansiaba poder odiar? ¡Ah! ¡el viejo rey Priamo tuvo que besar la mano del matador de su hijo; y él, Milanés, lleno de rencor y de odio, tenía que dar las gracias a quien le había de arrebatar a la mujer que amaba! ¡Y no poder ni vengarse! Un puñal en aquel alevoso pecho.... no, ¡él no era hombre de puñal! pero frente a frente, cuerpo a cuerpo, con armas iguales, escarnecerlo, atacarlo, estrecharlo, confundirlo y atravesarle de parte a parte el pecho...,

—¡Oh!... si llegara ese momento,—pensaba,—aunque cayera sobre su cadáver el mío! Miserable que atrincherado en su colosal riqueza, me confunde a beneficios, y tal vez ríe de mi impotencia; me arrebata la felicidad, y seguro de su triunfo, tan impotente juzga a su rival que lo protege y lo enriquece y paga sus deudas y hasta

le cede el puesto al lado de su novia. ¡Y no puedo batirme! ¡y no puedo matarlo! ¡y Jacinta me prohibe que lo afrente! y tengo... ¡ah! no; yo le arrojaré sus favores a la cara; mi odio será más potente que sus beneficios, yo le haré ver que prefiero la indigencia a la riqueza que proceda de su infame mano..... yo le.... pero ¡ay!..... ¿y mi pobre madre?

¡Así suele cegarnos la pasión! así, ofuscado por el lóbrego porvenir de su amor desgraciado, se empeñaba en acriminar a aquel don Cristóbal cuya meritoria conducta mal su grado se veía obligado a reconocer y admirar.

¡Fatalidad de las fatalidades! Aquel hombre, aquel su favorecido rival, le era forzoso confesarlo, no tenía de tosco de sensual más que la apariencia, y fuera de eso, el alma de un niño y las costumbres de una dama; se acostaba temprano, se levantaba antes que el sol, no bebía, no coqueteaba, no se daba aires de rico, alternaba con los pobres, para él no había gente común y plebeya.... ¡ah!.... la suerte de Jácome había sido tan negra, que le había dado un rival digno de ser su rival.

Sin embargo, llevado por los delirios de su ofuscado cerebro, no encontraba en sus cavilaciones más que este irrazonable dilema:

—Será un héroe, pero ama a Jacinta; y merece mil muertes.

Inclinó la cabeza en que se dibujaba un abismo de desesperación.

Y lágrimas corrieron de rabia, calientes, abrasadoras, por sus pálidas mejillas .

Lo asesinaba la obligacion de no ser ingrato.

X

LA LUZ DE YARA

Obispos ha habido en Cuba que han dejado gratísimo recuerdo de caridad y amor al país. Compostela más que ningún otro, Espada más que otro ninguno después de Compostela, Hechevarría y Peñalver, que fueron cubanos, tienen honrosísimas páginas en la historia de su vida. Hálos también habido cuya memoria pereció anegada en el mar de la indiferencia; otros, y de éstos no mencionaremos a ninguno ¿para qué? dejaron muy dudoso recuerdo.

Fray Juan de las Cabezas Altamirano, quinto de este nombre y décimotercio Obispo de esta Diócesis, según nos cuenta el Ilustrísimo Morell de Santa-Cruz, en su **Historia de la Isla y Catedral de Cuba**, fué de los que dejaron muy honorable memoria, tanto aquí, como en nuestros dominios de la Florida, gracias a su actividad, su ilustración, su piedad y su caridad. Por razon de su iniciativa y sus buenas obras, Pezuela no tiene inconveniente en compararlo al inolvidable Compostela, Obispo canonizable, que floreció medio siglo después.

No necesitamos, ni lo ha pedido el lector ni nadie, hacer su biografía, porque no hace falta para nuestra historia. Por eso será muy breve lo que digamos de su vida.

Nació en Zamora en la primera mitad del siglo XV, (maldito si esa noticia hacía falta al lector) se educó y fué catedrático en la Universidad de Santo Domingo (esto sí nos importa porque allí se reveló su vocación y se inició su evangélico proceder). Electo en Enero de 1,602 Obispo de Cuba y la Florida, fué el primero que visitó (en dicho año y siguiente) esta última comarca en que abundaban más indios y herejes, que españoles y cristianos.

Allí, como en Cuba, mucho convirtió, mucho consoló, perdonó mucho y toleró mucho.

Cabezas Altamirano, parecía conocer aquella máxima que Fenelón

escribió más de medio siglo después, "sólo el intolerante es intolerable; toleremos lo que Dios tolera". Torquemada, más necesario en nuestra época que en la suya, Torquemada que hoy nos quemaría nueve décimos de la humanidad, hubiera execrado y tal vez enviado a la hoguera a aquel obispo que nada tenía de intransigente, cosa muy excepcional en el clero de su época, y tan ajeno estaba a todo fanatismo que él fué quien enseñó a los crédulos campesinos a no aterrorizarse ante la aparición de la siniestra luz de Yara, que tanto pavor infundía en la sencilla gente del campo.

Aprovechemos la ocasión para decir algo acerca de la misteriosa aparición, a la que nunca faltaba, como sucedía con los cometas del tiempo viejo, alguna calamidad que achacarle. El chiquitín que se murió de indigestion o del sapillo, el novio que se llamó andana y se casó con otra, el traidor cachazudo que devoró el tabaco, la neblina matinal que achicharró las recién sembradas coles, el buey que sucumbió de gangrena, el toro que se pasmó al prepararse para buey, y sobretodo el animal o el desgraciado montero que desapareció sin que se volviera a saber de él, todo se debía a la maléfica influencia de aquella luz de ultratumba, lo cual no era extraño para una época en que se creía en duendes y moros encantados; bien que estos moros, ya vencidos, no fueron hasta cinco años después expulsados del reino.

A ningún país han faltado sus tradiciones y creencias fantásticas, que ya lúgubres, ya sangrientas, ya candorosas, siempre revelan la índole, instrucción y carácter del pueblo que las crea. La más simple cosa inexplicable les da origen, y luego la fantasía o la malicia añaden ruídos y luces del otro mundo, crujir de cadenas y otras zarandajas.

Eso ha pasado con las nuestras. La tradición de la luz de Yara es acaso la más antigua de la Isla, como que toca a los primeros días de la colonización; días en que la Física, destructora de creencias absurdas, se hallaba en mantillas; no había aun explicado, que explicando los fenómenos fué como destruyó todo aquel enjambre de fantasmas, duendes, ruido de cadenas, apariciones preternaturales, almas en pena y luces del otro mundo, que constituían una religión popular en los siglos medioevales.

Es sin duda la luz de Yara, un fuego fátuo producido por las emanaciones miasmáticas de los pantanos y substancias orgánicas en descomposición que abundan en aquella comarca.

De esa corrupción de las ciénagas, de ese fango negruzco de las furnias y tembladeras, de esas inmundicias del babiney, brota un gas deletéreo, un sulfuro o sulfuro de hidrógeno, emanación morbosa de seres que vivieron, que se su[illegible] flota en el aire, que se inflama espontáneamente y da un fulgor [illegible], invisible a la luz del sol, pero visible en la obscuridad, sobre todo a cierta distancia. Tal es el origen de la luz de Yara y de sabe Dios cuantas otras luces del otro mun-

do, que han sembrado pavor en el nuestro. Aparecía tenue, azulosa, y se paseaba, dicen, ondulante e intermitente y sin elevarse mucho por entre los mangles de la ciénaga.

Suponen los campesinos que sea el alma de Hatuey que vaga en demanda de desagravio, como que por aquellos contornos ardió la hoguera en que se castigó.... su valor y patriotismo. A veces y con cierta periodicidad aparecen varias luces, y entonces presumen ser los Santos Oleos que llevaba el Canónigo Puebla, acompañante del Obispo, los cuales se derramaron cuando el atentado del corsario Gilberto Girón.

En ocasiones atrevidos calaveras de una y otra villa, Manzanillo y Bayamo, quisieron con temeraria audacia ir a desafiar, y si posible, aniquilar el prestigio funesto de la inexplicable aparición; entre ellos Milanés y don Cristóbal con más decidido empeño que otro alguno; pero Jacinta con lágrimas disuadió a su amante, y Hortensia con súplicas hizo saber a su amigo que perdería su amistad si tan sacrílega empresa realizaba. Y así seguía el alma de Hatuey siendo terror de gentes que no eran ni viejas ni niños, hasta la llegada del Obispo, que debía conjurar el mal no con exorcismos ni anatemas, sino con sencilla explicación del fenómeno, que en su concepto y a despecho del atraso de aquellos días, no podía tener nada de sobrenatural.

Más sensato que el vulgo, Su Ilustrísima afirmaba que podía ser luz encendida por ignorados buscadores de cangrejos, los rumores nocturnos serían ilusión o susurro de la brisa, el crujir de cadenas, chillido de lechuzas, y los animales y gentes desaparecidas podían haber sido presa de alguna tembladera, porque éstas ni devuelven víctimas, ni rinden cuentas.

Hoy se hace cada vez más raro el fenómeno, y consiste sin duda en que con los siglos se ha desecado mucha parte de la ciénaga, convirtiéndose en terreno utilizable.

Volviendo a nuestra historia; el hecho de la prisión de S. I. acaeció, como hemos dicho, dos años después de su llegada, es decir, en el de 1604, en ocasion en que, en visita pastoral, se restituía de la Habana a su metrópoli, y en que llegó a pernoctar en el hato de Yara, hacienda de Paradas, así dicha por el nombre de su dueño, sita en las inmediaciones de Bayamo, y más tarde propiedad de los Brisuela.

Aquel lujo de crueldad, aquel llevar al venerable anciano maniatado y descalzo, aquel escupirle amenazas y dicterios a la carta, no abrigaba más objeto que el de infundir terror y asegurar un buen rescate; porque el renegado hugonote conocía sin duda el amor y piedad sembrados por su víctima; pero eso mismo debía exacerbar más el furor de los bayameses, y si antes no hubo sacrificio que no hicieran por recibirlo, ahora no hubo abnegación de que no fueran capaces por salvarlo.

Los regalos hechos para limosnas a pobres, se convirtieron, duplicados, en recursos de guerra; todos, hasta los más pobres contri-

buyeron en la medida de sus fuerzas, con donativos, inútiles allí donde había ricachos dadivosos, como Valdivieso y Perdomo de Cuéllar. Pero es que los unos por ostentación, los otros, la mayoría, por los días de indulgencia que con tan pequeño sacrificio podían lograr, nadie quiso perder la ocasión de hacer el santo tratando de redimir a un santo.

Y si hemos concedido que S. I. Cabezas Altamirano merecía la indignación que suscitó su catástrofe, no hemos de extrañar que su cautiverio y pasión, de que fué Herodes el pirata Gilberto, viniera a ser un acontecimiento de los más prominentes de la historia de Cuba. Su proceder, durante la batida y después de ella, nos hará ver cuanto era digno del amor de sus feligreses y del bélico ardor del Dómine y sus valientes.

La gravedad de la ofensa está en razon directa de la bondad del ofendido; que tanto más tigre es el Iscariote cuanto más es cordero Jesús.

XI

LOS DOS RIVALES

En efecto, el Corsario, guarecido y encastillado en su bien surtida balandra, una vez convenido el rescate y trámites de entrega, puso en libertad a S. I. guardando en rehenes al Canónigo Puebla y demás familiares, y este era el momento que, conforme al consejo de Milanés y de Ramos, se habían propuesto aprovechar los vengadores.

¿Había en ello rompimiento ilegal de palabra? ¿Había acusación de alguna conciencia que se rebelara contra la fides púnica?... ¡Bah! era un ardid de guerra tanto más excusable cuanto que era contra piratas, ¡y piratas hugonotes! Si no eran católicos apostólicos romanos, ¿qué derecho podían tener a ser tratados como gente?...

Se podría transigir con facinerosos y secuestradores, pero entrar en pactos con judíos, porque judíos se les llamaba, eso no cabía en lo humano, eso era inadmisible en aquella época para espíritus poseídos de tan acrisolada ortodoxia. Además que para encender los corazones en generosa indignación y excusar y legalizar todo ardid, bastaba ver el semblante pálido y demacrado de S. I. que evidenciaba las vejaciones que había sufrido durante las eternas horas de su cautiverio.

Rojo como la cara de un borracho apareció el sol aquel día; pero tan irrespetuosa comparación no hubiera ocurrido a ningún bayamés; antes bien, el Dómine advirtió que el luminar del día se presentaba sanguinolento para anunciar los torrentes de pirática sangre que sus valientes habían de derramar en aquella gloriosa jornada.

Cubríanse los campos de guerreros armados con ningunísima uniformidad, y que se dirijían al Surgidero de Manzanillo, donde anclaba no lejos de la orilla y enarbolando descaradamente el pabellón francés, la balandra pirática. Los unos a caballo, otros, la mayoría, pedestremente, el Dómine en su burro, y allá muy delante, rodeadas

de piquete armado, las pesadas carretas que conducían el rescate.

Soldados poquísimos; ya hemos dicho que a Darien, a Nueva España, a Costa Firme, a Cartagena, el espíritu de empresas y de descubrimienos, impelía nuestras gentes de armas y de ambiciones; en realidad no había tropa más que en Baracoa, Santiago, Trinidad y Habana, pues por lo que toca a Matanzas, Cienfuegos y Cárdenas no existían, y en las demás poblaciones cuando ocurrían episodios marciales, se tocaba el somatén y se armaban los vecinos para defender sus intereses, bajo la dirección del Capitán o de un particular conocido por su arrojo.

Marchaban sin jefe común o generalísimo, formando grupos heterogéneos de que eran los más numerosos los de Jácome, Diego Batista y Gregorio Ramos, y por su parte don Cristóbal Perdomo de Cuéllar y de etc., etc., capitaneaba los negros suyos y los de don Jacinto que le eran íntimamente adictos, y que iban armados de sus machetes de calabozo; bien que estos carneros de Panurgo, máquinas pasivas, no sabían bien que estos carneros de Panurgo, máquiiba el más tarde famoso Salvador Golomón, que de esclavo pasó a héroe, ni más ni menos que como Viriato pasó de pastor a bandolero, y luego "jefe fué a los romanos ominoso" (que dice el P. Isla). Los indios no se movían; siempre fué gente indolente y pacífica, inútil para la guerra y para todo lo demás. Por otra parte ¿qué les iba ni les venía? Acaso pensaban como aquel burro de la fábula que Fedro copió de Esopo antes de Cristo y que imitó Samaniego dieciocho siglos después.

Ni se necesitaba de ellos; porque allí se veía lo más valiente y florido de la juventud bayamesa; los Figueredo, Céspedes, Parada, Pedro Penajen, Francisco Gutiérrez Quexigo, Rodrigo de Tamayo y otros descendientes de los primeros pobladores y cuyos nombres entre aplausos nos han trasmitido las crónicas.

Jácome Milanés, según canta una epopeya de aquellos días, llevaba por morrión "una montera de paño azul con una pluma parda", a su lado estaba Martín García "con su pluma de gallo en el sombrero, más galán que Reinaldos y Rugero". El mismo poema de Silvestre Balboa, ensalza a Baltasar de Lorenzana, Pedro Vergara y Miguel Batista "mancebo galán, de amor doliente, criollo de Bayamo".

Pero olvidó el poeta que Jácome, a semejanza de los antiguos paladines que combatían "por su honor y su dama" llevaba en el pecho una divisa.... ¡oh! ¡talismán de bendición! se lo había enviado reservadamente la misma diosa de sus pensamientos, y con aquel infalible amuleto se sentía más valiente que el Cid Campeador, y dispuesto a matar más piratas que moros machucó Vargas Machuca. Pero ¡cuál sería su cólera al notar otro relicario idéntico, otra divisa igual en el pecho de don Cristóbal!

¿Sería también regalo de Jacinta? ¿Pretendía la pérfida roser-

varse uno, cualquiera de los dos? ¿Cómo explicar? ¡Ah! cuando él le hablaba del odioso rival, ella sin inmutarse contestaba:

—Déjalo en paz que yo no soy para él; te prohibo que lo odies, y espera, espera.

¡Esperar, cuando todo parecía conjurarse contra su amor! Esperar y confiar en quien regalaba talismanes protectores a dos galanes a la vez.... Un momento, enardecido en temeraria cólera, pensó arrojar lejos de sí aquel salvador escapulario que luego había de ser sagrada reliquia; y tarde, muy tarde, supo que aquella idea había sido de la incomparable Hortensia, en pro de don Cristóbal, y que la bella Jacinta no había hecho más que adoptarla y reproducirla, para garantir con talisman, igual a su protegido, poniéndolo bajo el patrocinio de San Salvador, que tal era la efigie encerrada en el amuleto.

Jamás aquellos campos fértiles, cubiertos a la sazón de tabaco, cañas, jenjibre y legumbres, con intermitencias bosquejosas, habían visto, desde las brutales cargas de Narvaez sobre indígenas, tan formidable, bélico aparato. Con la grandiosa rusticidad del paisaje, con el esplendor de la naturaleza creadora, contrastaba la obra del hombre, casi siempre de odio y destruccion.

Saliendo de Bayamo pronto entraron en las ciénagas que orillan cierta región del río, ciénagas cuyas salidas y entradas los prácticos conocían, y vinieron a anochecer en el hato de Yara, justamente el punto en que pernoctaba S. I. cuando fué apresado por los audaces piratas.

Se hizo alto de repente; traido en los pliegues de la brisa, desde el distante Bayamo, llegan los sones de la campana tocando la oración de la tarde; todos, conforme a la usanza, se descubrieron y se postraron, como si obedecieran a una orden que nadie había dado.

No mucho después, llegaron a un punto donde la tierra removida dejaba ver tres fosas recién abiertas. Eran las tumbas que los piratas habían hecho abrir a sus prisioneros, y ante lo que había visto y lo que refirió el Cangrejero, la indignación se exacerbó y se reforzaron las ansias de venganza implacable. Al aspecto de aquella herejía, el impertérrito Dóminus ofreció improvisar una elegía de género jeremiaico, más se convino en que no había tiempo que perder, y el Dómine se limitó a declamar uno de sus latinajos, que no todos entendían, pero que eran de uso, y él los tenía para todas las circunstancias y eventos.

Algunos alcanzaron a divisar discurriendo por entre los mangles, indecisa, azulosa, vagabunda, la fatídica luz de Yara tan temida por los sencillos campesinos de la comarca; pero el valiente Jácome tranquilizó a los suyos diciéndoles que la Providencia, protectora de las causas buenas, enviaba esa luz para alumbrar el camino de la victoria.

¡Bien por Jácome! que anuló con una gran frase los efectos per-

niciosos de la preocupación. Así proceden los grandes capitanes; dígalo el Gran Capitán, y va de cuento. Al iniciarse la campaña de Italia, vuela el polvorín—¡Bravo!—exclamó Gonzalo de Córdoba—el cielo nos anuncia con tan brillante espectáculo que no necesitamos artillería.—Otro caso histórico: el de Vasco de Gama cuando vogaba hácia el Cabo de las Tormentas; alborótase el mar de repente, gigantes montañas líquidas amenazan sumergir la nao, acongojada la tripulación abandona la maniobra y se dispone a morir.—No hay que temer—grita Gama—es el mar que tiembla ante nosotros.—Cesó el terremoto submarino y la chusma quedó persuadida que el indomable ponto temblaba ante Portugal.

En tanto los bayameses siguen su homérica odisea, y con ellos seguiremos. El terreno era en aquel punto poéticamente accidentado, cenagoso en trechos, en ocasiones áspero y rocalloso, siempre exuberante en vegetación y poesía.

Un incidente inesperado, siempre los hay en esta clase de empresas, estuvo a punto de dar en tierra con el generoso ardor de los asaltantes. Y fué el caso que Dóminus Vobiscum, el orador, el Marco Papirio, el Nestor de la improvisada tropa, viendo de lejos jinetes armados, gritó antes de tiempo:

—Los moros en la costa, mis valientes, el enemigo a las puertas de Roma, en número de cien mil....

Temblaron muchos, huyeron, Dómine delante, algunos.... bisoños al fin; pero pronto se tranquilizaron, viendo que eran un grupo de manzanilleros. Manolo, último representante de la raza de los Manolos cazadores, había llevado la noticia, y los de Manzanillo, al saber la noble actitud de los de Bayamo, también quisieron dar su contingente. El mismo Manolo IV los guiaba, como que aquel Nemrod era, cual ningún otro, conocedor de aquellos vericuetos.

Cuando llegaron a la alborada siguiente los emisarios del pirata a hacerse cargo del rescate, los bayameses resolvieron echarles mano, guardarlos en prisión y enviar con uno de ellos atento mensaje a Girón, advirtiéndole que ni prisioneros ni rescate y que si quería los ducados que osara venir a buscarlos.

En vano S. I. temeroso de la suerte de sus familiares, aun guardados en rehenes, les decía:

—Hijos míos, la palabra empeñada debe cumplirse, aùnque empeñada a piratas; dadles los ducados y los cueros que Dios los castigará.

—Señor Ilustrísimo,—replicó don Cristóbal,—son judíos y Dios quiere castigarlos por nuestra mano.

Atónito por su parte Gilberto Girón con semejante desacato y audaz reto a su pujanza, lanzó a tierra toda su gente, y con mejores armas, con más táctica, y con nunca vista ferocidad, atacó a los denonados bisoños, que no podían igualarle más que en valor y superarle sólo en número. Al primer choque retrocedieron los bayameses

con desventaja; pero animados por el indómito arrojo de sus caudillos Milanés, Batista, Ramos y Perdomo de Cuéllar, acometieron con nuevos bríos y rechazaron al procaz enemigo hacia los bosques de Yara, cortándole la retirada hacia el puerto.

Este éxito inicial de tal modo moralizó a los patriotas que ya no hubo indecisos.

Entonces llegó a su colmo el enojo de los bandidos de mar, y pelearon con el furor de la desesperación, ensangrentando y cubriendo de heridos y muertos la tupida maleza. Encarnizada, diabólica fué la refriega, y en medio de las balas que silbaban, piedras y arpones que volaban y cubrían el suelo de cadáveres, principalmente de negros que no rehusaron la vanguardia, quizás porque iban a derramar sangre de blancos, se veían siempre, también de los primeros, dando ejemplo a los suyos, desafiando la muerte y los peligros, a los esforzados caudillos Jácome, Cuéllar y Ramos ,que parecían competir en bizarría. Con el estruendo mortífero, hasta los pájaros (canoros afónicos) huían en busca de otras soledades, no profanadas por el furor de los humanos; oíanse sólo estertores de muerte, aullidos de dolor, y entre ellos impíos sarcasmos y maldiciones.

Pero no todo había de ser gloria de los buenos y triunfo de buena causa. Allí sucumbieron varios dignísimos ciudadanos, a quienes cupo sólo el honor de vender caras sus vidas.

El Dómine no fué ni herido ni vencido, porque se recató prudentemente del peligro: un pirata feroz, llegándose a él, le arrimó un palo que le partió en dos el morrión de yagua verde con plumas de pavo, y el sensato Dóminus, a morir como Marco Papirio, prefirió picar los ijares de su burro, poniéndose a respetable distancia. A poco compromete el triunfo; porque el pánico es contagioso, y al verlo huir, no faltó quien huyera sin saber adonde ni por donde.

Los jefes eran los que corrían mayor peligro, siendo así que contra ellos preferentemente se ensañaba el enemigo.

El terrible Bras-de-fer, segundo de Girón y su digno émulo en ferocidad, no se rebajaba a matar secundarios, y sólo atacaba a los superiores que confundidos peleaban al igual de la turba; en realidad no eran jefes sino fuera del combate. Bras-de-fer se lanzó a Milanés quién se defendió con tal brío que al primer envite la espada del contrario cayó en dos cuando ya éste, descargada su pistola no tenía más arma que el puñal. Acometió Jácome a su vez, mas el pirata saltó como un lince y se abrazó a su antagonista, luchando ambos con igual furor y denuedo; el francés, más corpulento y fuerte que el cubano, el cubano más ágil y valiente que el francés, y, decididos uno y otro a triunfar o morir, comenzó una lucha feroz, imposible de ser descrita en humano lenguaje. Apoyados sobre sus piernas de acero, clavándose las uñas en la carne, sin poder hacer uso de las armas, con fuerzas casi iguales que entre sí se paralizaban, parecían antes que seres humanos dos fieras despedazándose mútuamente. Lla-

mas despedían sus ojos, silbidos eran sus respiraciones que salían con dificultad por entre sus dientes apretados por la rabia, las venas del sudoroso cuello parecían próximas a reventar; se estrechaban con la crispatura de la muerte, esforzándose por derribarse y destrozában la maleza que pisaban en sus violentas contorsiones.

Rindióse al fin el cuerpo de Milanés, quién en vano trató de redoblar su energía; el amante de la bella Jacinta caía víctima ilustre de su denuedo; sus piernas se doblaron ante los acerados músculos del bandido, y cayó pesadamente en tierra, todavía luchando, todavía nervioso, todavía no vencido, pero quebrantado.

Bras-de-fer le plantó la rodilla al pecho, y Milanés se dispuso a morir; el pirata sacó un puñal, lo levantó, un segundo más.... pero en aquel momento cayó exámine sobre su adversario, herido de una certera bala que le atravesó el cráneo.

Con dificultad se alzó Milanés, hizo a un lado aquel cuerpo ensangrentado y palpitante, se incorporó, se dirigió a dar las gracias a su salvador, y.... se quedó avergonzado, y confuso y rabioso al ver que debía la vida a don Cristóbal Perdomo de Cuéllar.

¡Siempre! ¡siempre! ¡siempre! ¡aquel hombre!

Prefiriera morir a ser salvado por su rival. Dudó un momento, fluctuando entre el deber y el odio; pero viendo en el pecho de su salvador, mejor dicho de su antagonista, aquella divisa igual a la suya, y que creía regalada por Jacinta, no pudo ya contenerse, y maldijo la fatalidad que le condenaba siempre a ser deudor del mismo que abominaba.

¡Extraña situación la de aquellos dos hombres! El uno, benefactor, serena la mirada, tranquilo, impasible, casi risueño; el otro, beneficiado, en actitud hostil, la hiel hirviendo en el alma, asomando al labio la invectiva, el denuesto fulgurando en sus ojos.

Crispábanse sus facciones en el esfuerzo por contenerse; pero predominó el orgullo sobre la razon, y encendido el rostro, centelleante la mirada, se volvió a su generoso adversario, para gritarle con altanería insultante y provocativa.

—¡Caballero! yo hubiera sabido valerme, sin vuestro inoportuno auxilio.

Don Cristóbal saludó displicente, y sin el menor asomo de resentimiento, replicó:

—¡Buen modo de dar las gracias! ¡pero.... mirad! los vuestros retroceden.

En efecto, los de Milanés cedían terreno, se dispersaban, y él corrió furioso a ellos, no para replegarlos, no para animarlos, si no para ponerse al frente, y atacar, solo, como un desesperado o como un loco. Ya no pretendía vencer, no aspiraba más que a morir, quería escapar por la muerte a aquel protector implacable, que lo perseguía con sus beneficios, cuando él sólo respiraba odio y venganza.

Absortos los que acompañaban a don Cristóbal se quedaron al

notar la paciente longanimidad con que había recibido el ultraje que en son de reto le lanzaba el irascible Jácome; pero él con calma repuso:

—Si es que no puede hablar, si no acaba de comprender ese majadero; si lo que quiero es que se distinga, si lo que necesito es que se haga digno de Jacinta.

—¿Para qué?

—Para que me libre de ella.

Dijo y corrió a los suyos para llevarlos al triunfo..... ¡ay! ese triunfo no debía quedar exento de dolores; se echaba de menos, entre otros, al infeliz Dóminus Vobiscum; se le buscó, se le llamó, el Dómine no parecía. Al fin se encontró su burro abandonado, meditabundo, cuasilloreando, y en el suelo el morrión de yagua verde hecho pedazos, y allí también aquel lanzón de yaya que don Cristóbal se empeñaba en llamar pinchasapos.

Entonces se deploró la suerte de aquel pobre hombre a quién no faltaban simpatías.

—¿Pero quien mató a guerrero a ese desventurado?—observó uno.

—¡Si no lo hemos visto pelear! Se habrá hundido en alguna tembladera?

—¡Qué horror!

—¿Tenía familia?—preguntó don Cristóbal,—porque, señores, debemos.....

—Tal vez en Galicia; aquí no tenía a nadie.

—¡Pobre Dóminus Vobiscum!—dijeron varios, condensando en estas palabras toda su oración fúnebre.

Siniestro fulgor de llamas y densísima humareda se vé aparecer por sobre el arbolado que limita el llano hacía el lado del poniente.

¿Habrían incendiado los piratas a Manzanillo?

Numerosos ejemplos de hechos análogos habían precedido en la historia de la Antillas, y aun con menos razon que en el caso presente; porque sólo el despecho de no obtener lo que codiciaban, había causado a veces la ruína de una población.

Tal idea ocurrió a todos y la estupefacción los dejó mudos.

XII

MILANES

Milanés, en tanto, afrentaba los peligros y buscaba la muerte aguijoneado por la rabia de los celos. Aquella generosidad de su odiado rival lo confundía, lo agobiaba y le hacía olvidar hasta a su pobre madre que moriría también el día que le faltara su único hijo, y único lazo que la ligaba a la vida.

¡Morir!.... si Jacinta no había de ser suya ¿qué le importaba la vida? ¡morir!.... y ella, dulce móvil de todas sus empresas, ella, causa secreta de su valor, derramaría alguna lágrima a su memoria...! Muy romántica era sin duda la idea para aquellos tiempos, pero consta que se le ocurrió a Milanés, que el amor sin esperanza siempre tuvo algo de romántico; aún en los tiempos clásicos.

Pero sucedió que aquella misma temeridad infundió tal denuedo en los suyos, que se lanzaron a disputarle el peligro. Retrocedieron los marinos hacia su buque, pero tras ellos los bayameses, que, con Jácome al frente, los desalojaron, salvaron al canónigo y familiares y pegaron fuego a la balandra.

Tales eran las llamas que había infundido primero pavor y luego regocijo, haciendo resonar con honor el nombre del bravo caudillo.

Don Cristóbal que corría en su apoyo, y que parecía conocer cierto pasaje de Ossian, de pronto se detuvo y gritó a los suyos:

—¡Alto!.... si ya han triunfado, ¿qué vamos a hacer allí? ¿quitarles parte de su gloria? ¡no! la han ganado; sea toda de ellos. ¡Mueran los piratas! ¡vivan los bayameses! ¡viva el héroe del día, Jácome Milanés!

Y a esta última frase todos contestaron ¡viva!

Jácome sabía mejor triunfar que gozar de su triunfo; obtenido su objeto, se eclipsó y seguido de algunos, se dirigió a la selva contra

el resto de los bandidos que allí en último trance buscaban inútil refugio.

El Jefe Girón no había caído, y allá por los llanos se batía como pirata acorralado. Eso sabía Milanés.

Pero ¿qué grito de agonía es el que llega a sus oídos? no es español, no es francés, no es lenguaje humano.

—Busquemos; ¿será algún herido que exhala el último aliento?

Y se buscó, pero nada se veía, nada se oía, más que los gemidos cada vez más próximos, cada vez más apagados y cada vez menos humanos.

—¡Cuidado! ¡hay tembladera!—exclamó uno.

—Y de ahí vienen los quejidos,—observó otro.

En efecto: allí estaban, eran dos, hundidos hasta el cuello en el abismo de cieno, piratas descarriados que huyendo del plomo mortífero habían caído en el charco traidor. Uno agitaba todavía los brazos con infinita angustia, del otro sólo se veía la cabeza; rostros amoratados, ojos sanguinolentos y saltones, las facciones contraídas, cadavéricas; luchando impotentes contra la ferocidad sombría y muda del babiney. Un poeta compararía esa lucha a la del que se anega en piélago de vicios y avergonzado quiere salvarse; se indigna de sí mismo, se esfuerza por salir, le falta énergía, la crápula lo atrae, se hunde, se hunde... un alma perdida.

Al aparecer los bayameses, los dos piratas vieron desvanecerse toda esperanza de salvación. Debía ser horrible la tortura de aquellos hombres que veían a su cabeza el infinito, sordo y silencioso, enfrente sus enemigos mortales, a su rededor el lodo inmundo, frío y asesino.

No les dispararon ¿para qué? la muerte venía lenta y horrible, con un lujo de tormento que ni el mismo Dante pudo imaginar. Los de Milanés se quedaron mudos e inmóviles.

¿Pero es posible que seres humanos contemplaran en impasible calma tan horrosa escena? ¡Oh! sin duda habían sufrido mucho aquellos hombres cuando se creían con derecho a ser tan crueles. Por eso miraron con asombro a Jácome, que movido de compasion, o pensando en el triste fin que acaso había tenido el Dómine, recogía ramas secas y las arrojaba a los náufragos, como único recurso contra la inexorable oleada de fango que se los tragaba.

Los náufragos, o mejor dicho, los moribundos, comprendieron que trataba de salvarlos, y aunque exhaustos y sin esperanza, le dirigiero una mirada de gratitud, una de esas miradas que parecen prometer el cielo.

—¡Pero son dos piratas!—gritaron a Milanés.

—Ya no son más que dos prójimos que sufren.

Uno de los prójimos logró alcanzar una rama; el más leve punto de apoyo basta para detener el hundimiento. Se le arrojó una cuerda, que agarró con nerviosa crispatura; apoyado en ella fácil le fuera

arrastrarse hasta la tierra sólida; pero no pensó en eso de momento; se volvió a su compañero que ya desaparecía, lo agarró por los cabellos como dispuesto a salvarlo o hundirse con él. Al ver este acto, Milanés se volvió a los suyos.

—¿Ya veis cómo es verdad que merece la vida?

Todos sin hablar se agruparon para tirar de la cuerda.

Cuando aquellos hombres fueron sacados de la furnia, médio muertos y enlodados hasta el cuello, sin aliento y sin armas, se preguntó:

—¿Y ahora?

—Ahora a la ciudad.

(Después sabremos que llevados a la ciudad éstos y los otros rendidos, fueron encarcelados, pero más tarde, muerta ya la ira, se les autorizó para marcharse cuando quisieran. Algunos se quedaron y aun existe en la comarca algún apellido francés que se supone descender de hugonote convertdo. La hospitalidad en nuestra raza iguala.... al valor de nuestra raza.)

—Volvamos a los nuestros,—añadió el infatigable Jácome; pueden todavía necesitarnos.

Y se dirigió hacia el llano donde campeaba la gente de Perdomo de Cuéllar.

Holgóse la Fama (cosa que él no sabía o de ello no se ocupaba) en reconocer y popularizar por sus cien trompetas el esplendor de sus no solicitadas proezas, y es que por un lado la impelía, a la Fama, la intencionada palabra de Perdomo de Cuéllar, y por otro le favorecía el buen deseo de todo el Bayamo que lo amaba, y se complacía en ponderar sus hazañas.

El mismo don Jacinto al saberlas más tarde, las aplaudió con sincero entusiasmo, y al encontrarse con Jácome le dió la mano y esta frase:

—¡Bien! te has portado como lo hubiera hecho yo. Tanto mejor.

Palabras que hicieron estremecer de gozo a Milanés; era la primera vez que el prepotente lo trataba de tú.

El prepotente sabía la vehemente inclinación de su hija hacia el obscuro hidalgo, y aunque inadmisible aquel amor a sus miras, se regocijaba en pensar que el hombre en quien su digna hija desapercibidamente había puesto los ojos, era también un hombre digno. Digno... hasta de ella, si no hubiera algo superior.

Tal vez, quizás, acaso, quien sabe... de no existir un partido tan ventajoso y espléndido como don Cristóbal....

Pero existía don Cristóbal.

GOLOMON

¡Oh Salvador, criollo negro honrado,
Vuele tu fama y nunca se consuma;
Que en alabanza de tan buen soldado
Es bien que no se cansen lengua y pluma.
Y no porque te doy este ditado
Ningun mordaz entienda ni presuma
Que es afición que tengo en lo que escribo
A un negro esclavo y sin razón cautivo.

Esto no es más que un principio, pero nada menos que ocho octavas reales de su poema Espejo de paciencia, escrito en 1603, dedica el poeta canario Silvestre Balboa Troy y Quesada a enaltecer el glorioso hecho mediante el cual el negro Salvador Golomón alcanzó su libertad y el inalienable derecho de legar su hasta entonces obscuro nombre a la posteridad.

Golomón marchaba en las filas, o sea grupo de don Cristóbal; con su tosco machete de calabozo acometió, hirió, deshizo, atropelló, mató, y al presentársele un pirata muy grande y muy feo, se precipitó a él, levantó su hierro de chapear y le partió el cráneo; aunque el Homero de ese Aquiles, horrorizado ante el prosaismo del machete de calabozo, prefiere decir:

"que le apuntó derecho,
metiéndole la lanza por el pecho".

¿Pretendió el Golomón tanta gloria? ¿sabía a quien había dado muerte, o fué un piraticidio casual e inintencionado? La historia no resuelve estas preguntas; pero el caso fué que el bandolero cranihendi-

do resultó ser el temible corsario Gilberto Girón, señor de la Pontaera, conquistador de Cayo Romano, terror de las costas de Cuba, las cuales asoló por tantos días, durante el gobierno del General Pedro Valdés, que sólo fué célebre por las piraterías y el contrabando.

La manumisión del valeroso esclavo era cosa muy justa, según pensamos el poeta Balboa y el autor de esta obra:

"Y tu, claro Bayamo peregrino,
Ostenta ese blasón que te engrandece,
Y a ese etíope de memoria dino
Dale la libertad, pues la merece;
De las arenas de tu río divino
El pálido metal que te enriquece
Saca y ahorra antes que el vulgo hable
A Salvador, el negro memorable."

Punto en boca respecto al mérito o demérito de esos versos; sólo advertiremos que ahorrar, verbo activo, significaba hacer horro, es decir, liberto, y liberto quedó el esclavo. Hubo quien pretendió honrarlo con un don, que era por entonces título inaplicable a los de color, y asequible sólo a los infanzones de pró; privilegio que después el pueblo ha conquistado sin las luchas y zozobras de la plebe romana cuando aspiraba al tribunado, al consulado y demás dignidades patricias.

Mas como quiera que el Reverendo e Ilustrísimo Morell de Santa Cruz, se ocupa largamente del tal Golomón, nosotros lo dejaremos en paz, aunque no sin antes declarar que ese lance desconcertó a los piratas y, tal cual sucedió un siglo antes cuando el suplicio de Hatuey decidió la derrota de los invasores y triunfo de los cubanos.

Como la niebla ante los rayos del sol disipábase el peligro; los grupos de Bayamo se iban reuniendo. Mientras algunos se ocupaban en buscar el cuerpo del desgraciado Dómine, don Cristóbal perseguía los últimos restos que ya huían disparando intermitentes arcabuzazos, como sus flechas los parthos, y fué al pie de un algarrobo secular (el algarrobo de la victoria) donde los acorraló y obligó a rendirse, cogiendo siete prisioneros y poniendo honroso término a la feroz refriega.

Este algarrobo fué mucho tiempo para Bayamo y Manzanillo, árbol tan célebre como el de Guernica para los vascongados, el Chartereoak para yankees o el de la Noche triste para mejicanos, o como la seiba de la primera misa para habaneros. Se le miró con veneración, y duró hasta que fué derribado al fin por la tormenta de Santa Teresa, siglo y medio después.

Lo cual no es mucho si se tiene en cuenta que vivió, es fama, 1200 años la encina que atrapó por los cabellos al rebelde hijo de David.

Uno de los secuaces de Perdomo de Cuéllar, y fué aquel Manolo, cuarta generación de los Manolos cazadores, mirando el árbol exclamó:

—¡Pero que fruto tan raro y tan gordo suele dar ese algarrobo!

—Sí; es una fruta monstruo,—añadió otro, fijando la vista en el mismo.

—Es un pajarraco.... no, no, es un nido de comejenes.

La fruta monstruo hizo en este punto un movimiento.

—¡Calla!..... si es un pirata que escapa de la quema a la manera de Sancho Panza.

El futuro yerno de don Jacinto se acercó al árbol, miró, sonrió, y luego, como para ser oido desde él, gritó

—¡Apunten!

—¡Ei! ¡ei! ¡ei!—contestó la fruta monstruo, apeándose lijero; soy yo, mis valientes; me encaramé para.... ¡eh! no hay que reirse tanto, señores; me encaramé.... pero óiganme ustedes un momento, compañeros; me encaramé por.... ¡vaya! pues ríanse ustedes hasta que revienten.

Y el Dómine, cariacontecido y molido de cuerpo y espíritu, se dirigió a su longánimo burro que renegaba de la locura de los hombres, y gozaba ya de las delicias de la paz ramoneando mansamente la copiosa hierba del prado.

Poco después, y sin despedirse, el prudente magister se esquivó por el camino de Bayamo, ganoso de llevar antes que otro alguno, por sí y por los suyos, la noticia de las heroicidades del día.

Había otra razón potísima; había barruntado entre sus valientes síntomas borrascosos que su patriotismo le vedaba presenciar, y que se referían a la suerte de los siete prisioneros de don Cristóbal.

Hallábanse en el llano que riega el tortuoso río, medio oculto entre los árboles de sus orillas; los negros al fondo se recatan quizá gozosos de ver a los blancos reñir entre sí.

Al centro, muy lejos, tras densísimo arbolado, la Sierra Maestra, más distante aun en vaporosas lontananzas el pico de Turquino, siempre nebuloso se destaca como gigante que vigila el valle.

Un altercado violento se había promovido a la sola pregunta:

—¿Qué hacer con los vencidos?

—¡Fusilarlos!—fué la respuesta casi unánime.

—Se han rendido confiando en nuestra hidalguía, señores—observó don Cristóbal con severidad.

—Para los bandoleros no debe haber cuartel.

—Son corsarios...

—¡Son unos ladrones!

—Pero está empeñada nuestra palabra.

—¡Que mueran!—gritaron algunos despiadados.

—¡Tendríais que pasar sobre mi cadáver!—contestó don Cristóbal desenvainando.

Y cuando creía hallarse solo, vió brillar a su lado otro acero; era el de Jácome quien esta vez al fin, subyugado por la magnanimidad de su antagonista, pudo dominar o postergar su resentimiento. Batista y Ramos también se pusieron a su lado.

Algunos exasperados, sin consideración a la actitud de los jefes, levantaron sus arcabuces, apuntando a los cautivos; pero las bocas de fuego se inclinaron y todos se quedaron inmóviles; porque en medio de los cautivos vieron destacarse la venerable personalidad de S. I.

Sin cáliz en la mano, sin crucifijo, con sólo su báculo: serena la frente, tranquila la mirada, celestial sonrisa de conmiseracion en los labios, con la derecha señalando al cielo, como para apelar a la misericordia divina.

¡Cuadro digno del pincel de Rivera! Los mismos piratas que lo rodeaban se quedaron absortos, inclinada la frente, alguno acaso dobló la rodilla, no en son de suplicar la vida, sino de venerar al apóstol, a quien tanto habían vejado, y que tan magnánimo con ellos se portaba.

El digno Prelado había comprendido que aquel era el mejor modo de evitar el conflicto y salvar a aquellos infelices abandonados ya de Dios y de la suerte.

Ante aquella noble actitud las iras se calmaron, y la piedad invadió los corazones.

XIV

DON CRISTOBAL

Aplacado el conflicto y terminada por otra parte la refriega, los vencedores volvieron triunfantes a Bayamo, llevando en una pica la sangrienta cabeza del pirata jefe.

En la historia del filibusterismo en las Antillas la hazaña de los bayameses era un hecho sin precedente. Era la primera vez que un pirata de los que atacaban a la indefensa Cuba, recibía el castigo a sus alevosías, y como tal suceso no se reprodujo, Gilberto Girón vino a ser la víctima expiatoria por todos sus antecesores y por los que le siguieron. Se repicaron las campanas al entar los triunfadores, se dió a los esclavos tres días de tambor y tango, con dos tragos por cabeza de rascabuche o aguardiente de caña; Ramos y Milanés y demás caudillos fueron vitoreados por el pueblo, y asimismo el Golomón, a quien comparaban a David ante el gigante filisteo, sin dicernir las diferencias corporales, pues el israelita era tallicorto y el Salvador un negrazo tan fuerte como el Goliat.

Por lo demás tan primitivo el hierro del uno como la honda del otro.

El negrito Apolo, viendo volver sano e ileso a su amo, marchaba ante los campeones, saltando y bailando de gozo, como David ante el Arca.

Pero rabiaba Jácome y buscaba modo de sustraerse a las aclamaciones, porque presumía o se figuraba que aquellos vitores más que a sus merecimientos, los debía a su eterno benéfico perseguidor, quien, héroe también, sólo se había ocupado en enaltecer las proezas de su rival.

Se sentía vencido, se sentía humillado, en el campo del amor y, lo que es peor, en el de la caballerosidad.

El, don Cristóbal, se había distinguido más y le cedía toda la glo-

ría; él, Milanés, movido de generoso arrebato, había salvado dos en la tembladera; su conciencia le aplaudía aquel rasgo de piedad; pero su rival, con riesgo de su vida, había salvado siete. ¡Infame suerte la que había hecho en don Cristóbal un hombre.... aceptable; infame, sí, porque le presentaba un justo allí donde él solo quería un criminal. Mas ¿qué importaba que fuera valiente, generoso, magnánimo? ¿No era el futuro de su amada? Pues merecía mil muertes de su mano, por ese amor a Jacinta, por su infidelidad o su fingido amor a Hortensia, y.... sobre todo por ser su protector implacable, porque lo abrumaba, por que....

¡Ah! ¡si ya lo había sabido! ¡el mortificante secreto había sido revelado! aquel corcel brioso y aquellas lucientes armas, no las había regalado Hortensia; procedían de don Cristóbal; su prima no había sido más que intermediaria. ¿Cómo se había prestado la pérfida a tal intriga? ¡Y con un hombre que la había amado y abandonado!

Esto trajo de nuevo a su memoria el origen del negrito Apolo, y ya no se preguntó por qué se lo habían regalado, pues una voz desapiadada y traidora le decía:—"Porque lo pagó secretamente el infame dinero de don Cristóbal."—Su orgullo y sus celos no le permitían sufrir tanto ultraje; pero....

¿Era ultraje? se lo preguntaba a sí mismo y no sabía contestarse.

Todo él era una contradicción viva y mortificante, porque conocía la sinrazón que lo ofuscaba y en vano su conciencia se revelaba en momentos contra los ilógicos dictados de su corazon. Comprendía que era un crimen odiar y desear la muerte a quien le había salvado la vida, y parecía gozarse en ese crimen: se reprochaba la injusticia de su obcecación, y no se esforzaba en dominarla; la odiosa imagen de su rival triunfante lo perseguía, se adhería a su cerebro como el molusco a su roca. Le buscaba flaquezas, sólo le hallaba virtudes: lo ansiaba pérfido, la razon se lo revelaba magnánimo: su boca le llamaba traidor, la conciencia le respondía es un leal. Y entonces, tras esa borrasca del intelecto.... lo maldecía... pero rompía a llorar, y caía abrumado en un sillón murmurando:

—¡Oh! ¡si pudiera amar a ese hombre! ¡Si no se hubiera atravesado en mi camino!

Y lloraba mientras la ciudad reía; la risa era ahora muy natural, después de la pelea y el triunfo; después de las misas de requiem que S. I. dijo en persona por el alma de los valientes que sucumbieron. Bayamo se entregó al regocijo; y la chanza y la burla, un banquete aquí, una romería allá, todo era contento y alegría.

Bien dice el ya citado Homero de estos históricos hechos:

"Que la alegría tras de suerte amarga
Suele ser habladora y manilarga."

Y tan manilarga que no hubo casa en donde no se cometiera un suiscidio para celebrar tan fausto acontecimiento; entiéndese que decimos suis-cidio, matanza de lechona, y no suicidio, matanza de sí mismo.

Como antes se improvisaron Demóstenes y Cicerones, ahora se destaparon Homeros y Virgilios.

La poesía épica nació de un rapto de entusiasmo patriótico; la lírica fué hija del amor, si no lo fué de la ociosidad que también es madre de todas las majaderías.

Dígalo el insigne Dóminus Vobiscum. Con un arsenal de náyades, driadas, nereidas amadriadas, napeas, faunos, semicapros, etc., compuso unas espinelas que no debieron ser muy católicas, puesto que ninguna se ha conservado, quizás porque en ellas en vez de enaltecer a los campeones, se ocupaba en denostar a don Cristóbal, que lo atormentaba con sus diatribas, o peor aun con sus exagerados elogios sobre su valor, su pericia y su morrión de yagua verde con plumas de pavo.

Don Cristóbal apenas llegado a la ciudad, sin quitarse el traje de campaña, se fue.... ¿a ver a Hortensia? No; el muy tunante se fué a hablar a solas con Jacinta, y tal le habló que los ojos de la chica chispearon de júbilo, como los del solivio cuando divisa una tabla de arroz.

El beneficente Obispo, en tanto, distribuía limosnas, resarcía a los perjudicados, consolaba a los que la batida había enlutado. Su peculio quedó exhausto, y con razón encomian su caridad Pezuela y otros historiadores. Ante su palabra y ejemplo, oleaje de caridad invadía el corazon y bolsa de los ricos. En un brillante sermon preconizó el perdón del vencido y olvido de los agravios, oró por el ánima del enemigo, y al ver a las damas vestidas de listado, conforme a un voto en su pró, tuvo arranques tan elocuentes y conmovedores, que hizo derramar copiosas lágrimas.

Este sermon se perdió, porque faltaba siglo y medio para que la imprenta viniera a atar al papel los pensamientos madurados al calor de nuestro clima.

El bendecía a todos y hasta visitaba a los particulares distinguidos, y como Milanés no acudió a la sacra bendición S. I. resolvió ir a su casa. Quería ver al héroe y deseaba complacer a don Cristóbal que a ello con viva insistencia lo animaba.

Antes del Te-Deum mandó recoger la cabeza del pirata, que llevada a Bayamo en la punta de una lanza, había sido colocada en la plaza pública, frente a la Iglesia. Aquel espectáculo repugnaba a sus sentimientos caritativos.

—¡Celebrad vuestro triunfo,—decía,—sursum corda! pero divertíos sin dejar de ser cristianos, y deploremos la suerte del malo.

Y al Te-Deum siguió el gaudeamus; se organizó un torneo (desafíos y bandos de gallos aun no se usaban) de que debía ser reina

la señorita Figueroa, damas de honor las más distinguidas de la ciudad, y cronista o trovador del carrousel el invicto Dóminus Vobiscum, bien que este campeón en aquel momento sólo se ocupaba en digerir un hueso que se le había atragantado, es decir... un chasco... un chasco.... pero ¡qué chasco!

Fué el caso, que en una comilona campestre en mala hora ideada por varios jóvenes ociosos, el malévolo X. propuso llevar en triunfo al Dómine, como héroe del día, en una carreta enramada, porque carro triunfal no le había.

El perverso don Cristóbal, que ya había leído las espinelas, aprobó que se hicieran los honores convenidos.

—Pero antes, señores,—añadió,—es preciso que lo registremos, para saber si es varon o animal macho o si es mujer o animal hembra.

Con carcajada unánime fué acogida la extrambótica proposición, y de nada le sirvió al magister hablar y rehablar y superhablar; ya persuasivo, ya violento, ya furioso. La juventud fué implacable, y el caballero del morrión de la yagua verde fué, vellis nollis, registrado, declarado oficialmente varon o animal macho, y luego re-vestido y exhibido en carreta triunfal en corroboración de su sexo y su marcialidad. Todo esto a despecho de algunos que desaprobaban el desacato cometido por aquellos que el Dómine llamaba a boca llena piratas de tierra.

El perverso don Cristóbal reía con veras tales que de verlo la bella Jacinta sintiera entibiarse la buena amistad que profesarle pudiera.

De todos estos regocijos se eximía nuestro protagonista; retirado a su casa, solo, ensimismado, caviloso, parecía avergonzado de aquella batida que fué para Bayamo una gloria, para él un calvario.

Los honores que había logrado no le indemnizaban por la felicidad que perdía en Jacinta; por eso no fué a saludar a S. I. que había preguntado por él. Había oido (voces del pueblo) que S. I. haría aquel matrimonio, y sólo hablaba para decir:

—Estoy perdido, madre, ese hombre me agovia, me aniquila; no tengo ni derecho a vengarme.

—¡Pero, como! ¿Te ha hecho algún agravio?

—¡Ojalá!

—¡Pues entonces...!

—¡Es peor que eso: me ha salvado la vida!

—¿Y lo odias?

—¿Por qué el futuro de Jacinta me ha de confundir con sus favores? ¿Con qué derecho ese hombre se toma la libertad de salvarme? ¡Ah! ¡yo me iré lejos, muy lejos; no puedo soportar esta atmósfera que respira ese infame!

—No es un infame,—dijo una voz más suave que el susurro de la

brisa en las palmas, y más simpática que el rumor de las olas al morir sobre las arenas de la playa.

Era la voz de Hortensia que regañaba y parecía halagar, que hacía un reproche y parecía hacer una caricia; Hortensia más que nunca incomparable a pesar del tosco traje de listado crudo que envolvía su delicado cuerpo, gracias a la promesa que por la salud del Obispo habían hecho muchas damas bayamesas. Jácome se quedó mirándola de hito en hito.

—No comprendo como puedes defenderlo,—dijo con agudo sarcasmo.

—No es un infame,—repitió Hortensia,—es un hombre de honor que no ama a Jacinta porque ama a otra mujer.

—¿A quién?

—A mí.

Los rostros cambiaron como cambia una decoración de teatro. Milanés, como hablando consigo, exclamó:

—¿Pero cómo ese hombre, cómo ese traidor.....?

—Era forzoso guardar todo en secreto por contemporizar con el poderoso don Jacinto; pero.... algún día.... ¡ah!.... ¡Su Ilustrísima!

En efecto, S. I. acababa de pararse en el umbral, y Milanés y su madre se quedaron confundidos ante tan insigno honor.

El Prelado hizo la cruz con la derecha, saludando y bendiciendo a la familia, y luego se adelantó.

—No habéis querido venir a mí y yo vengo a vos.

Milanés, atolondrado, tartamudeó palabras que nadie entendió.

—¡Venid!—dijo el Obispo con tono a la vez amistoso y autoritario.

Y lentamente se dirigió al palacio episcopal, es decir, a la casa de don Jacinto cuyo alto le servía de morada.

Allí en la parte baja que habitaba Figueroa, estaban éste y su hija la bella Jacinta; pero junto a ella vió aparecer Milanés la cara patilluda, rotunda, satisfecha de don Cristóbal, de su protector, su Mecenas, su salvador.... y su odio.

—La paz del Señor sea con vosotros;—exclamó S. I., y luego tendiendo cordialmente la mano a Figueroa, añadió con solemnidad.

—Pido a usted la mano de la señorita Jacinta para el caballero Jácome Milanés, héroe de Bayamo.

Estupefacción; Jácome, que cree soñar, mira absorto a don Cristóbal y a Jacinta; Figueroa mira al Prelado y a don Cristóbal; el Prelado mira a todos y Jacinta mira al suelo.

—¿Pero S. I. no es sabedor que....?

—Que se aman y que son dignos el uno del otro,—añadió don Cristóbal.—¡Vamos señor don Jacinto, que no se diga....!

Hubo una pausa brevísima y solemne. Jácome aturdido, boquia-

bierto, presentaba la cara de un tonto espantado. Dirigió a su rival una mirada en que había asombro, había preguntas, mas no había odio, antes bien, si acaso, una sombra de remordimiento. Jacinta sigue mirando modestamente al suelo.

Pero una semisonrisa celestial de conformidad y aquiescencia se esboza en sus labios.

Lo cual quiere decir que esperaba aquella decepcion de su amante oficial.

Lo cual quiere decir que el amante oficial la víspera le había dicho:

—Prepárate a favorecer mis planes.

—¿Qué planes son esos?

—Ver si S. I. me libra de tí.

—¡Buena idea!—dijo ella chispeándole los ojos de júbilo, como los del solivio cuando divisa una tabla de arroz.—Ese lo puede todo, porque no se le puede desairar.

—Adios, pérfida, ingrata, traidora.

—Adiós, señor futuro yerno.

Y se separaron sin apreton de manos.

Por eso era que sonreía y callaba. El argos-papá comprendió la sonrisa de la traidora. Ahogó un bufido. Al fin, dibujándose entre las arrugas y oquedad de su rostro una mueca con pretensiones de sonrisa, se volvió a Milanés y le dijo:

—Vamos, hombre, qué esperas? Un abrazo a mi futuro yer.... digo, a don Cristóbal.

—¿Sus brazos? nó; a sus pies es donde debo estar;—exclamó Milanés, inclinándose en efecto hacia las rodillas de su rival.

Su rival lo detuvo y lo estrechó contra su pecho.

¿Y después?.... Después no hubo nada más.

Lo que hubo después fué que S. I. demoró su estancia en Bayamo, para bendecir los dos casamientos; el de la bella Jacinta con Milanés, y el de la incomparable Hortensia con el caballero don Cristóbal Perdomo de Cuéllar y Aristizábal, Villaviciosa de Castro y Espinosa de los Monteros.

FIN

RETURN TO → **CIRCULATION DEPARTMENT**
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 **HOME USE**	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.
Books may be Renewed by calling 642-3405.

DUE AS STAMPED BELOW

AUTO DISC DEC 1 3 1990

FORM NO. DD6

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
BERKELEY, CA 94720

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003339796

YC 55743

930834

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY